

SERVICIO SECRETO

**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

T POLICIACO

**LA CIUDAD
VOLARA
A LAS SEIS**

**Curtis
Garland**



—¡Ya está! —dijo roncamente Héctor Rizaldo.

Y sonrió, enjugándose el sudor del rostro y poniendo el mecanismo mediante una simple presión en un botón rojo.

Peter Schartz asintió a su vez, conectando el mecanismo de relojería al artefacto reacción activado por su compañero. Luego, sonrió con ojos brillantes y fríos.

—Listo —corroboró—. Tiene doce horas de funcionamiento exactamente.

Y comprobó que su reloj de pulsera marcaba justamente las seis y diez segundos en ese momento. Echó una ojeada al reloj de su compañero, que señalaba la misma hora.



Curtis Garland

La ciudad volará a las seis

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1717

ePub r1.0

Lds 02.03.19

Título original: *La ciudad volará a las seis*

Curtis Garland, 1983

Cubierta: García

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



PRÓLOGO

EN PRIMERA PERSONA

Tic-tac...,
tic-tac...,
tic-tac...,
tic-tac...

Es enloquecedor.

Relojes, relojes y más relojes.

Como una pesadilla. Igual que en un cuadro surrealista donde el capricho del pintor trazara esferas numeradas por doquier, envolviéndole a uno, absorbiéndole a uno...

Relojes, relojes, relojes...

Los hay de todas clases: de cuco, de pie, electrónicos, de maquinaria suiza antigua, de la Selva Negra, de dorados péndulos oscilantes, como marcando el ritmo implacable de un helado corazón mecánico que no tiene sentimientos. De todos los tamaños y formas, de los más baratos y de los más lujosos. Relojes de arena que dejan pasar su dorado contenido de un cono a otro, en un mundo de vidrio cambiante; relojes de complicada maquinaria, que al dar la hora empiezan a mostrar figurillas en movimiento de ambiente tirolés; máquinas movidas por el cuarzo, de pantalla líquida, asépticos y electrónicos; esferas que señalan la hora a través de células solares, vulgares despertadores grandes y vetustos, otros con música y sintonía de radio. Relojes y más relojes, como una tortura infinita, como una obsesión enloquecedora.

Todos tienen algo en común: marcan la misma hora. Las cinco y veintinueve minutos, exactamente.

Las cinco y veintinueve minutos, Dios mío...

Sólo queda poco más de treinta minutos. Media hora casi, para que la ciudad vuele por los aires.

Y ni siquiera sabemos dónde estará el maldito artefacto. Seguimos a ciegas, buscando sin cesar. Buscando minuto a minuto durante unas horas que se han hecho en cierto modo tan breves, pese a resultar también interminables, agotadoras, capaces de romper los nervios al ser más templado.

Se aproxima el fin. Yo sé que ellos no han mentido. No se trata de una baladronada ni de un «farol». Nada de eso. El artefacto existe. Está en alguna parte. Y cuando den las seis en punto..., adiós.

Todo esto que me rodea saltará en pedazos. Nosotros nos desintegraremos. Será un holocausto salvaje y brutal. Tal vez absurdamente inútil, porque nadie ganará nada con ello. Pero así son las cosas, así han llegado a ser por culpa de unos y de otros.

Me muevo por este laberinto de relojes que suenan y suenan, según sus máquinas sean de una clase u otra, pero que marcan todos inexorablemente el paso del tiempo, del escaso tiempo que nos queda.

Trato de pensar, de serenarme, de razonar de alguna forma conmigo mismo. Es inútil. La tensión, la angustia, se ha apoderado ya de mí, como de todos. El plazo se ha terminado. No se ha querido negociar. Y así están las cosas ahora. Pendientes de un frágil hilo que se quebrará cuando esas agujas lleguen a las cifras seis y doce, o cuando esos dígitos luminosos alcancen las cifras seis, cero, cero. Seis horas, cero minutos, cero segundos, cero décimas. Con precisión inexorable, como todo lo que se fabrica ahora mediante electrónica, para que entre en acción a una hora determinada. En alguna parte, en el corazón de esta ciudad, otro reloj avanza inexorable hacia el fin de la cuenta.

Y nadie puede pararlo. Ni siquiera sabemos dónde está.

Adosado a él está el artefacto. Le queda tan poco tiempo ya... Nos queda tan poco tiempo a todos...

Ahora son ya, exactamente, las cinco y treinta. Los relojes, algunos de ellos al menos, empiezan a dar los cuartos Dos cuartos solamente. La mitad de los precisos para hacer añicos una vieja, hermosa y única ciudad en el mundo Londres.

Es inevitable ya. Me siento agotado, roto, vencido. Confieso mi derrota, aunque nunca quise admitir tal cosa en toda mi vida.

Esos relojes, esos malditos relojes... Sus tañidos, sus carillones, me irritan, me enfurecen. Los contemplo airado, casi rabioso. Quisiera poder destruirlos a todos, hacer pedazos sus esferas y maquinarias, como si eso pudiera detener el tiempo, evitar lo inevitable.

Qué absurdo, qué ridículo empeño. Ellos no son culpables de nada. Son simples testigos, o acaso notarios que levantarán acta de un hecho demencial y aterrador, pero nada más. Ellos seguirán ahí, marcando la hora, a menos que la oleada expansiva acabe con sus maquinarias y sus latidos rítmicos, como va a acabar con todos nosotros, si un milagro no lo impide.

Y ya no creo en los milagros. No creo en ellos. Tal vez no porque no existen, sino porque los hombres cada día nos hacemos menos acreedores a ellos, menos merecedores de que Dios, la Providencia o el destino se preocupe de nosotros y de nuestra suerte. Somos culpables, sí. Todos somos culpables. No sólo esos locos o fanáticos que pusieron en marcha el mecanismo de muerte y destrucción, sino también todos los demás, los que no queremos ceder, los que nos negamos a pactar, los que pretendemos demostrar que somos los más fuertes o los más orgullosos. En realidad, todos somos igualmente necios, igualmente crueles, igualmente torpes.

¿Qué le importa ahora a nuestro gobierno lo que pueda suceder aquí? Ellos ya han sido evacuados a lugar seguro, y mañana, en rotativos impresos lejos de Londres, acusarán a la violencia de nuestro siglo lo sucedido. Tendrán razón, claro, pero no *toda* la razón. Porque ellos, como cualquier otro gobierno del mundo actual, habrán provocado también parte de su violencia, o habrán sido ellos los violentos. Y así, en un círculo cerrado, volverá todo a ser como al principio. Lamentos, indignación, rechazos, protestas, funerales... para olvidar al otro día y seguir cometiendo los mismos errores, siendo demasiado blandos a veces y demasiado rigurosos otras. Y así hasta que un día no sea esta ciudad la que estalle en pedazos, sino el mundo entero, con todos nosotros, la maldita y estúpida raza humana.

Mientras pienso en todo eso y terminan de dar sus cuartos estos relojes que me rodean, allá fuera escucho las campanas del viejo y

querido Big Ben, emitiendo las suyas, sonoras y profundas, tradicionales y hermosas, desde la torre del Parlamento, ahora vado como todos los centros oficiales y viviendas del centro mismo de Londres, evacuado dificultosa y precipitadamente en las últimas horas, tratando de evitar un pánico que, inevitablemente, estaba ya a flor de piel.

Ah, viejo y querido Big Ben, qué poca vida te queda también a ti... Cuando empieces a tañer tus melodiosas campanadas de las seis, será el principio de tu final, y del mío, del de muchos otros que estamos intentando luchar, en una urbe semivacía ya, contra lo que ya no tiene remedio...

Contra el día del Apocalipsis, que para esta ciudad será el de hoy, el que está amaneciendo justamente ahora, media hora antes de la catástrofe...

Porque la ciudad, de eso no tengo la menor duda..., la ciudad volará a las seis.

(De los apuntes de Steve Warren, del Servido de Inteligencia de Su Majestad).

CAPÍTULO PRIMERO

EL MENSAJE

—¡Ya está! —dijo roncamente Héctor Rizaldo.

Y sonrió, enjugándose el sudor del rostro y poniendo el mecanismo mediante una simple presión en un botón rojo.

Peter Schartz asintió a su vez, conectando el mecanismo de relojería al artefacto reacción activado por su compañero. Luego, sonrió con ojos brillantes y fríos.

—Listo —corroboró—. Tiene doce horas de funcionamiento exactamente.

Y comprobó que su reloj de pulsera marcaba justamente las seis y diez segundos en ese momento. Echó una ojeada al reloj de su compañero, que señalaba la misma hora.

—Perfecto —aprobó Rizaldo respirando con fuerza—. Hemos terminado la tarea, camarada.

—Así es. Vámonos ya. No tenemos nada que hacer aquí.

Se apartaron del oscuro lugar donde el mecanismo se había puesto a funcionar y caminaron por una angosta escalera adosada al muro, alejándose del punto donde se veía el cuerpo de acero, cilíndrico, al que se adosaba el pequeño mecanismo de relojería cuyas cifras digitales rojas pasaban rápidamente, mareando los segundos y décimas de segundo, como luego marcarían las horas, una a una, hasta el momento del desastre final.

—Ahora, a informar a nuestro amigo —murmuró Schartz entre dientes—. Y dentro de una hora, todos los periódicos, emisoras de radio y televisión del Reino Unido recibirán nuestro mensaje. Tendrán once horas por delante para decidir. Creo que les damos

tiempo suficiente, Héctor.

—Naturalmente —habló éste en español meloso y arrastrado—. No se merecen más esos hijos de perra. Que decidan, y pronto. Ya es hora de que conozcan en sus propias carnes la sensación de impotencia, de miedo y de derrota.

Schartz asintió, riendo entre dientes con sarcasmo. Su modo de hablar español era más bien tosco, con fuerte acento germano. Para un suizo nacido en Zurich, eso resultaba natural, a fin de cuentas.

—Tus diferencias con ellos sabes que me tienen sin cuidado, Héctor —dijo—. Lo que me interesa son los veinte millones de libras oro...

—Yo no tocaré un solo penique de ese cochino dinero inglés —dijo Rizaldo con aspereza—. Me conformo con la venganza.

—Allá tú —se encogió de hombros el suizo—. Cada uno tiene su modo de pensar, pero ya te dije que al menos dos millones eran tuyos si los querías...

—Quemarían en mis manos —rechazó Héctor—. Todo para vosotros. Para ti... y para el jefe.

—¿El jefe? —Schartz arrugó el ceño, meneando la cabeza con disgusto—. No lo llames así. Después de todo, los que hemos hecho la tarea difícil hemos sido nosotros dos.

—Pero el que da las órdenes es él. Sin su colaboración, no hubiéramos podido nunca llegar tan lejos...

—Quizá —aceptó el suizo de mala gana—. De todos modos, no le admito como jefe, sino como compañero en este juego, eso es todo. Aquí nadie manda más que el otro. Somos tres personas con diferentes motivos para aborrecer a Inglaterra, ¿no es cierto? Pues bien, nos hemos aliado para llevar a cabo una buena revancha contra ellos, eso es todo. Y va a resultar, vaya si va a resultar, amigo Héctor.

Riendo, pasó su brazo musculoso sobre los hombros del hombre que hablaba español, y juntos abandonaron el lugar donde, emitiendo un levísimo, casi inaudible tic tac, la máquina de relojería y el artefacto explosivo aguardaban el momento culminante para cambiar quizá la Historia.

El mensaje llegó puntual a todas las emisoras de radio y televisión del Reino Unido, así como a las redacciones de los más importantes diarios y a la mesa de la primer ministro, en el diez de Dowing Street.

El mensaje estaba fotocopiado de un original preparado mediante el conocido y tradicional recorte de letras de algunos periódicos, y pronto comprobarían que todos los papeles y sobres, distribuidos por una conocida compañía de repartos de correo urgente en mano, radicada en Londres, habían sido cuidadosamente manipulados con guantes, sin dejar en ellos huellas dactilares alguna que permitiese iniciar averiguaciones sobre la identidad de sus autores.

El mensaje, inicialmente, fue acogido con total escepticismo e incluso absoluto desinterés por todos sus destinatarios, desde el más rutinario redactor-jefe hasta los secretarios de la presidenta del gobierno de la nación.

—Algún chiflado quiere burlarse de todos nosotros —fue el comentario más extendido.

Y gran parte de esas fotocopias fueron arrojadas a la papelera, para olvidarse totalmente de ellas unos minutos más tarde.

El texto, sin embargo, debió haber sido tomado muy en serio desde el principio, pero los humanos siempre cometen esa clase de errores, por exceso de confianza o por miedo a hacer el ridículo.

Jessie Holmes, del *Mail*, no fue de las personas que se tomaron a broma el mensaje en ningún momento. Claro que ella era mujer y tenía una especial sensibilidad e instinto para ciertas cosas. Por otro lado, era una reportera joven, ambiciosa y ávida por ocuparse de asuntos realmente importantes. Y desconfiaba por naturaleza de la especie humana, al menos lo suficiente como para creerse lo peor de ella.

Tal vez por eso, leyó varias veces el mensaje de letras recortadas y fotocopiadas, persuadida de que no era una broma pesada ni la ocurrencia de un maniático:

Señores:

Este aviso es muy serio. A las seis de la mañana, en punto, esta ciudad volará en pedazos. Hay una bomba

atómica conectada a un sistema de relojería. Si quieren salvar Londres y muchas vidas humanas, renuncien a la soberanía inglesa sobre las Malvinas y ordenen evacuar esas islas en menos de diez horas, declinándolas a la Argentina oficialmente. Por otro lado, exigimos de indemnización veinte millones de libras esterlinas oro. Les diremos cómo depositar el dinero en una cuenta suiza en su momento.

Si aceptan las condiciones, anúncienlas oficialmente por televisión en el telediario de las ocho. Si no, eso significará que rechazan todo esto, y actuaremos en consecuencia, dándoles un último aviso a las nueve.

No habrá más avisos, salvo en caso de aceptación de condiciones. Este mensaje se envía simultáneamente al gobierno y a los medios de comunicación.

X

La letra «equis» como firma, era de lo más tradicional, pero no hizo sonreír a Jessie Holmes en absoluto. La joven periodista fue rápidamente a ver al redactor-jefe con el impreso. Cuando éste lo leyó, una carcajada atronó en el despacho.

—¡Cielos, nada menos que devolver las Falkland a la Argentina y entregar veinte millones de libras oro! —dijo entre carcajadas—. ¡Lo que deben estar riéndose en Downing Street de todo esto!

—Pues a mí no me ha hecho gracia el chiste, si es que lo hay, Riordan —respondió gravemente la joven.

Su jefe, Paul Riordan, la miró estupefacto, dejando de reír a duras penas, para sacudir la cabeza y murmurar, todavía entre risas y lágrimas de hilaridad:

—Pero, muchacha, ¿de veras se toma en serio esas tonterías? Jamás vi una cosa parecida desde que un pobre loco envió unos mensajes anunciando el fin del mundo en sólo veinticuatro horas y pidiendo rogativas por la salvación de todas las almas humanas de la abadía de Westminster...

—Aquello tal vez fue una chifladura, pero esto..., no sé, me inquieta —manifestó ella, perpleja.

—Mi querida amiga, haga caso a este asunto y seremos el hazmerreír de todos los periodistas del país. ¿No ve que ese mensaje no tiene el menor sentido? ¡Una bomba atómica en el centro de Londres! Esa clase de artefactos, mi querida Jessie, no se venden en Harrods, que yo sepa.

Salió del despacho con gesto de circunstancias, sintiéndose humillada y burlada por las palabras de su jefe. Era obvio que no le permitían ni siquiera escribir una gacetilla breve acusando recibo de aquel mensaje, en la última edición de la tarde o en el especial matinal. Aunque bien mirado, esa edición de la mañana se llevaría pocos minutos de diferencia con la hora señalada por los comunicantes.

Tratando de olvidar el mensaje impreso, dedicándose a redactar la columna habitual, que tenía ya medio confeccionada cuando le entregaron el mensaje de x. Pero no le era posible concentrarse en su tarea, y salió de la oficina, encaminándose al bar del edificio de Fleet Street^[1], donde se hallaba ubicado su periódico.

—¡Eh, Jessica, ten cuidado! —le avisó un compañero—. La edición se cierra a las siete y media...

—No lo olvido. Volveré en un par de minutos —dijo ella, ausentándose.

Mientras tomaba un café en el bar, rodeaba de colegas del *Mail*, reflexionaba sobre lo sucedido. Eran las siete y cinco minutos ahora. Si los que enviaron el mensaje, aquel misterioso x, fuese uno o más individuos, no habían mentido, quedaban poco menos de once horas para el desastre. Muy poco tiempo, pensó, para evacuar una ciudad como Londres con sus millones de habitantes. Y, sin embargo, la vida continuaba igual que antes, la gente reía y charlaba, sin prisa alguna por hacer nada. Cuando la edición especial del *Mail* saliera a la calle esta noche, a las ocho, con las últimas noticias internacionales que provocaban esa edición, centradas en actos de violento terrorismo en Europa y de un fallido atentado contra el Pontífice en uno de sus viajes, nadie leería una sola palabra de aquel mensaje aterrador, nadie sabría nada al cenar, ver la televisión y acostarse apaciblemente, a la espera de un nuevo día de trabajo y rutina.

Y, sin embargo, si había algo de cierto en aquel texto, ya no despertarían nunca más. Ni nada sería igual al día siguiente. Pero nadie hacía nada por evitarlo, nadie movía un dedo, siquiera fuese para confirmar que aquella amenaza pudiera ser cierta.

—Dios mío, tengo que hacer algo, pero ¿qué? Riordan no querrá ni oír hablar de una noticia que acuse recibo de ese mensaje...

Dejó su taza y fue al teléfono, llamando a Scotland Yard. Pidió información sobre un cierto mensaje de amenaza de bomba nuclear en Londres para las seis de la mañana siguiente. Le respondieron que no sabían nada, y que sin duda era víctima de una broma pesada. Luego, le colgaron.

Se mordió el labio inferior y llamó a otro diario, al *Telegraph* a un colega de sucesos llamado Kelly. Oyó su voz al aparato y le hizo la misma pregunta. Tras un breve silencio, Kelly manifestó preocupación en su tono:

—¿También vosotros lo habéis recibido?

—Claro —afirmó Jessie—. Riordan no quiere ni oír hablar de ello. Se reía como si fuese una película de Chaplin.

—Entiendo. Aquí sucede lo mismo, Jessie. Ni una palabra del mensaje. Publicamos una edición especial sobre lo del Papa y el terrorismo en el continente, dentro de poco, como supongo que estaréis haciendo vosotros, pero ni mención de la amenaza. Tal vez tengan razón los jefes y sea cosa de un demente. Hacerse con una bomba atómica no es nada fácil, aunque imagino que tampoco imposible. Personalmente, me cuesta creerlo, pero le concedo, al menos, el beneficio de la duda. Eso de que piden la devolución de las Falkland, llamándolas por su nombre argentino de Malvinas, me hace sospechar la existencia de un sudamericano en todo el juego, pero es sólo una suposición. Imagino que lo que realmente interesa a esos tipos, si es que hay algo de cierto en la amenaza, son los veinte millones de libras.

—¿Crees que alguien puede hacerse con una bomba atómica tan fácilmente?

—La verdad, no lo creo. Pero el mundo actual es tan raro, que nunca se sabe. Yo que ellos, cuando menos, estudiaría el caso y tomaría alguna medida. ¿Sabes algo de los centros del gobierno o de algún organismo oficial?

—Nada. Comunicué con el Yard, pero negaron haber recibido

nada.

—Mentían. Tengo un amigo policía. Me ha llamado. A veces me da confidencias de asuntos policiales que no trascienden a la opinión pública. El jefe de policía ha recibido uno de esos mensajes, y se lo ha pasado al superintendente Dolan, un hombre serio y eficaz. Eso quiere decir que, cuando menos, algunas pesquisas discretas estarán haciendo.

—Pero si fuese cierto..., ¿qué sucedería con la gente que habita Londres?

—Mira, Jessie, la bomba, aunque existiese, difícilmente destruiría *todo* Londres. Es una ciudad demasiado grande para que un artefacto casero, aunque sea nuclear, pueda destrozar la ciudad completa. Pero si está en un lugar céntrico, las víctimas serían cientos de millares, quizá millones entre muertos y afectados por las radiaciones, y parte de la ciudad volvería a desaparecer del mapa, como en el famoso incendio que relató De Foe tan magistralmente en su época. Supongo que si hallan algo que les despierte dudas razonables, pronto sabremos algo...

—No sé, quisiera pensar como tú, Kelly. Pero me temo que estamos perdiendo lastimosamente el tiempo... si no la vida —musitó ella, colgando.

Regresó a su oficina. Acabó de redactar la columna, no demasiado satisfecha de ella, y la envió a los talleres. Sólo media hora más tarde salían los primeros ejemplares con el atentado al Pontífice de Roma en primera plana, compartiendo honores estelares de noticia con el violento estallido terrorista en las últimas horas, en varios países del sur de Europa.

Pero del mensaje fotocopiado que firmaba «X», ni una sola palabra en diario alguno de la ciudad.

Mientras, en la BBC, tras una llamada urgente de sus dirigentes a Downing Street, el jefe de programación y el responsable de los informativos recibían una orden tajante de los de arriba:

—Nada de mencionar siquiera esa amenaza. El gobierno no la toma en serio en absoluto.

Y así, el telediario nacional, a las ocho, nada informó a sus telespectadores acerca de la siniestra amenaza recibida.

CAPÍTULO II

UN TERCER HOMBRE

—Les felicito. Ambos han sido muy eficientes.

Rizaldo y Schartz sonrieron ante el elogio de su camarada, el tercer hombre en el plan. El argentino se limitó a declarar con cierta frialdad:

—Era tarea sencilla, una vez encontrado el material. Ahora lo que importa es que dé los resultados previstos.

—Los dará —aseguró el tercer miembro del complot con gesto risueño—. Tiene que darlo. Pagarán el dinero en cuanto comprueben que la cosa va en serio. Claro que me temo que eso no suceda hasta las nueve de la noche.

—El dinero me tiene sin cuidado, señor —replicó el argentino—. Lo que me gustaría es que esta ciudad saltara por los aires.

—A mí, francamente, no —replicó el otro, algo desabrido—. Prefiero que se pongan en razón y paguen. Además, supongo que usted preferirá que le devuelvan a sus compatriotas las islas Falkland, ¿no es cierto?

—Las Malvinas, señor —rectificó con sequedad el sudamericano—. Sí, en eso tiene razón. Pero si persisten en su maldita obstinación, al menos lo pagarán caro. Londres bien vale la claudicación del imperialismo.

—Héctor está fanatizado con sus ideas patrióticas —replicó el suizo terciando en la conversación—. No tiene mucho sentido práctico, señor Brown. Supongo que usted y yo pensamos en lo mismo: los veinte millones de libras.

—Así es —convino con un suspiro el tercer hombre—. Aunque

confieso que también tengo mis motivos para odiar muchas de las cosas que el amigo Rizaldo odia..., aunque por diferentes motivos. De cualquier modo, no voy a inmiscuirme en sus razones para hacer lo que están haciendo. Simplemente, caballeros, estamos metidos los tres en esto, y eso es lo que cuenta en realidad. Si todo sale bien, dentro de poco menos de doce horas, tendremos veinte millones en una cuenta secreta suiza, transferidos directamente por el banco de Inglaterra, y un hombre de paja nuestro cambiará de inmediato de cuenta ese dinero, a otra cuya clave sólo nosotros tres sabemos, para repartir en su momento las cantidades oportunas. Todo está previsto. A la misma hora, amigos míos, se desconectará la bomba y Londres dejará de peligrar. Sólo cuando llegue la confirmación, desde Suiza, de que todo se ha hecho conforme lo previsto y el dinero está a salvo definitivamente, sin riesgos para nosotros, y el gobierno haya declarado formalmente la devolución de las Falkland a la República Argentina. ¿Complacidos ambos?

—Naturalmente, señor Brown —sonrió Peter Schartz.

—Cuando oiga por radio y televisión la devolución de modo oficial, lo creeré —manifestó Rizaldo ceñudo—. Antes, no. Y no desconectaría por nada del mundo el mecanismo, a menos que eso llegue a ser cierto.

El llamado míster Brown le miró fijamente y asintió:

—Sí, claro —convino—. Es lo natural, así lo hemos acordado. Ahora, caballeros, tomemos una copa para celebrar el éxito inicial de nuestro plan. No era tarea sencilla suministrarse un arma así y poderla colocar en el lugar ideal. Nadie negará que ése ha sido ya nuestro éxito primero.

Fue a un mueble-bar y extrajo una botella, de la que sirvió en tres copas. Dejó la botella en el armario y ofreció las copas a sus compañeros. Iba a tomar la suya para brindar, cuando ésta se volcó sobre la mesa, derramándose el contenido y cayendo luego al suelo, donde se quebró.

—Oh, qué mala fortuna —se quejó el señor Brown, irritado el gesto. Meneó la cabeza, fue al mueble bar y tomó otra copa, sirviéndose allí mismo. Regresó junto a sus compinches.

—Bebamos —y alzó la copa sonriente—. Por nuestro triunfo. Por sus islas deseadas, señor Rizaldo. Por los veinte millones, señor Schartz.

—Por todo ello y por nosotros —sonrió el suizo, apurando la copa de un trago.

—Por Argentina —se limitó a decir Rizaldo, tomando un sorbo de su copa y dejando ésta sobre la mesa.

—¿No bebe más, amigo mío? —sonrió Brown, extrañado.

—No, gracias —rechazó Rizaldo—. Nunca bebo.

—Pero en una ocasión así...

—Menos aún —cortó el argentino—. Me gusta tener la mente despejada en todo momento. Si llega la ocasión de desconectar la bomba, quiero estar en plenitud de facultades físicas y mentales para ello. Será una tarea delicada incluso para mí, se lo aseguro.

—Vamos, vamos, Rizaldo —bromeó Scharzt—. Al menos otro traguito. Falta mucho para que el gobierno entre en razón, muchacho...

—He dicho que no —cortó el joven argentino, dirigiéndose a la salida—. Me voy. Ya saben dónde localizarme cuando sea preciso. Buenas tardes a todos.

Y salió, cerrando tras de sí con fuerza. Los dos hombres se miraron, encogiéndose de hombros.

—Es un chico muy impulsivo —rió el suizo—. Todo patriotismo y ardor. Me pregunto si es la persona idónea para lo que estamos haciendo, señor Brown.

—Es el mejor experto en física nuclear que conozco, a excepción de los científicos británicos que jamás se hubieran prestado a algo así —suspiró Brown—. Debemos soportar sus rarezas, Scharzt. ¿Usted no tienen ninguna en especial?

—Como todos, señor. Pero las guardo para mí. Soy ácrata y anarquista de ideas. Pero también me gusta el dinero. Sobre todo, el dinero inglés —rió de nuevo duramente—. Supongo que cuando sea muy rico, podré reírme de todo el mundo y de sus sistemas mejor que nunca. Le aseguro que mis ideales políticos no empañan en nada mi natural ambición.

—Muy interesante, señor Scharzt —el llamado Brown alargó su mano, dando por terminada la entrevista—. Nos veremos a la hora prevista en el lugar señalado, ¿conforme?

—Por supuesto —estrechó la mano de su interlocutor—. Estaré pendiente de la radio y la televisión toda la noche, se lo aseguro.

Salió del despacho, y el llamado Brown se quedó solo. Ceñudo,

contempló la copa casi llena y meneó la cabeza, con repentino gesto de mal humor.

—Estúpido argentino —murmuró—. Espero que sea suficiente lo que bebí...

Y vació la copa en un lavabo inmediato, procediendo luego a limpiar cuidadosamente las copas intactas y la que se había roto antes de arrojar ésta a un cubo de desperdicios.

Finalmente miró su reloj. Eran las ocho menos doce minutos, exactamente, pero no pensaba sentarse a ver la televisión. Sabía que el gobierno no cedería tan fácilmente a una amenaza anónima que se les antojaría ridícula.

—Hasta las nueve no ocurrirá nada en este país —suspiró, sacudiendo la cabeza, dirigiéndose a la salida y apagando las luces antes de abandonar aquella casa aislada, situada en un barrio extremo de Londres.

* * *

Todo fue muy rápido para Peter Schartz.

No llevaba ni quince minutos conduciendo, desde la casa donde se reunieran por última vez él y Rizaldo con su compinche, Brown, cuando surgió el primer síntoma.

Tuvo que frenar, pese a que el disco estaba en verde, y provocar un alud de bocinazos, gritos, frenazos y protestas. Los conductores que le pasaron, le hicieron ostensibles gestos de ira, pero no les hizo el menor caso.

Se sentía mal. Realmente mal. Repentinamente, le había asaltado un agudo dolor de estómago, unas profundas náuseas y unos zumbidos de sienes irritantes. Permaneció parado en plena calzada, tratando de recuperarse, hasta que vio a un agente de tráfico dirigiéndose a él airado. Entonces arrancó sin esperar a más, mezclándose con la riada de coches que descendía por Oxford Street.

Aunque ahora no dejó de rodar, los dolores estomacales y abdominales iban en aumento, y las náuseas eran ya profundas, aunque no lograba vomitar en absoluto. Se le enturbiaba la visión y su cabeza era un hervidero presto a estallar.

—Dios, ¿qué me sucede? —se lamentó Schartz, confuso, sin

darse cuenta ahora de que el semáforo cambiaba a rojo, pese a lo cual siguió adelante, evitándose una colisión por auténtico milagro.

De nuevo dejó atrás los frenazos y sonidos de claxon, para rodar un trecho sin problemas, aunque sus molestias iban en aumento. Vio la muestra de una farmacia en la manzana siguiente, y rodó más de prisa, ansiando tomarse algo para mejorar siquiera fuese levemente.

Se pasó una mano por el rostro. Sudaba de forma copiosa, y el sudor era helado. Se detuvo ante la farmacia, pero no pudo evitar que el coche saltara el bordillo al parar. Cuando salió, se tambaleaba de forma ostensible, y todo daba vueltas en torno suyo. Sintió una arcada y vomitó ligeramente, ya a la puerta de la farmacia, ante la iracunda mirada de una dama que salía, y que enarboló su paraguas, espetándole una palabra despectiva:

—¡Borracho!

Schartz trató de mantener el equilibrio y entrar en la bien iluminada farmacia, pero no le fue posible. Trompicó en el escalón de entrada, se fue contra la vidriera, y la hizo añicos con su cuerpo, cayendo cuan largo era en el interior del establecimiento, ante la alarma de empleados y clientes.

Se quedó allí inerte. Corrieron dos farmacéuticos a atenderle, y un tercero descolgó el teléfono para llamar a una patrulla. Cuando uno de los empleados de la farmacia auscultó al suizo y le buscó el pulso, sus palabras fueron dramáticas:

—Este hombre está muerto... —dijo con voz ronca.

* * *

Héctor Rizaldo comenzó a sentirse mal después del noticiario de las ocho. Y no precisamente por la ausencia de información acerca de su amenaza al gobierno de Su Graciosa Majestad.

Sorprendido, apartó de sí la comida que estaba ingiriendo y el vaso de leche, al sentir un aguijonazo súbito en el abdomen, y notar unas profundas náuseas, a la vez que una sensación de torpeza y de confusión en su cerebro.

Se levantó, tambaleante, volcando el vaso de leche, y fue hasta el armario, donde buscó algún calmante de tipo antiespasmódico. Acostumbraba sentir dolores de esa clase, pero no como ahora. Se

tomó dos cápsulas con agua, y trató de regresar a su asiento delante del televisor portátil.

No sólo no lo logró, sino que sintió flojear sus piernas, todo le dio vueltas, y notó que un sudor frío empapaba su rostro y sus manos. Inseguro, tropezó con una silla y derribó el televisor, que siguió emitiendo con la pantalla pegada al suelo.

—¿Qué diablos es lo que tengo? —masculló—. Es como aquella vez que me envenené con mariscos en malas condiciones en Boca.

Fue a por la botella de leche y se tomó un largo trago, recordando que entonces eso le fue bien, pero ahora no había tomado marisco alguno. Eso sí, vomitó apenas hubo ingerido el blanco líquido, pero eso no le hizo sentir mejor. Unos escalofríos reptaron hasta su nuca desagradablemente, y sintió un sabor amargo en la boca. Tambaleante, llegó hasta el teléfono y lo descolgó con dificultades. Marcó un número, pidiendo un médico de urgencia de la Seguridad Social. Dio torpemente los datos de su domicilio. La telefonista le indicó que en breve llegaría el doctor.

Trató de colgar. No le era posible. Las náuseas y dolores eran ya insufribles, y aumentaban en intensidad. Se aferró al abdomen, exasperado, contraído por el dolor. Un espejo le devolvió su imagen, lívida y desencajada.

De repente, sus ojos se fijaron en el vaso de leche derramado. Recordó algo. Otro recipiente volcado... Una copa. Licor por el suelo... La copa rota... Y un hombre, Brown, yendo a por otra copa, a por nuevo licor... Un licor que ni él ni Schartz vieron de qué botella salía...

—¡Veneno! —rugió, excitado, sintiéndose cada vez peor—. Dios mío... es veneno... Ese bastardo... es un sucio traidor inglés... Nos engañó a Peter y a mí. Nos ha envenenado. Yo bebí poco... y me muero lentamente. Peter..., Peter ya debe haber muerto... Maldito canalla... ¿Qué se propone? No puede..., no puede desconectar la bomba. No sabe... Eso significa que quiere... ¡quiere destruir Londres, le den el dinero o no! Hijo de perra, rata asquerosa... Me..., me mue... ro...

Se aferró al teléfono. No vaciló esta vez. Pudo marcar un número breve. Alguien respondió al otro extremo del hilo:

—Policía. Centralilla de urgencias. Informe, por favor.

—Soy..., soy Héctor Rizaldo... —jadeó—. Soy... ciudadano...

argentino... Me han envenenado... Yo..., yo puse... la bomba atómica en... en... Oh. Dios, me muero... ¡Me... muero!

Y se desplomó con un fuerte vómito, convulso su cuerpo, vidriados sus ojos, derrumbándose al pie del teléfono, que quedó colgando, oscilante, junto a él. Por el auricular, la voz del telefonista insistía:

—¡Oiga, oiga! Responda... ¿Dónde vive usted? ¿Dónde...? Su teléfono...

El argentino no podía darle ya más datos ni a él ni a nadie. Estaba muerto.

* * *

Frank Stanton fumó despacio su cigarrillo emboquillado, a la espera de lo que opinara su amigo. Ante ellos, dos copas de oporto, en el recogido y confortable club privado, esperaban a ser consumidas. La música de ambiente era suave y apagada.

—¿Y bien? —preguntó Frank al final.

Steve Warren enarcó las cejas, devolviéndole el papel en silencio. Luego apuró un sorbo de oporto y encendió un cigarrillo. Al fin expuso una opinión con palabras escogidas cuidadosamente:

—Puede ser una tontería. O tal vez no.

—De acuerdo. Para esa posibilidad no te hubiera citado aquí —rió Stanton entre dientes—. Yo llegué a una conclusión parecida.

—¿Quién te facilitó ese documento?

—Un amigo de Scotland Yard, el inspector Bowles.

—El bueno de Harry, ¿eh? ¿Es que no han enviado ninguna copia al gobierno?

—Claro que sí. A Downing Street nada menos. Y hay otras copias en prensa, radio y televisión.

—Ya. —Warren consultó su reloj—. Son las ocho treinta. ¿Han dicho algo en el telediario?

—No. Ni palabra. El gobierno tampoco acusó recibo de esto. Y los periódicos y medios de comunicación no quieren pasar por tontos. —De modo que nadie sabe nada.

—Eso es. Nadie. Oficialmente, esta nota no existe.

—Eso sucede a sólo nueve horas y media del plazo fijado.

—Así es.

—Y si fuera cierto lo que dice ahí, toda la ciudad estaría en peligro de morir sin que nadie moviera un dedo para evitarlo.

—Poco más o menos, ésa es la situación. Claro que puede tratarse de una chifladura, es lo que todos pensamos en el fondo, incluso tú... Hay gente que no sabe qué hacer para tener en vilo a los demás. De cada cien amenazas de bomba, sólo una se confirma, según las estadísticas.

—En este caso, si se confirmase esta sola amenaza, sería aterrador.

—Lo sé. Por eso te llamé. Tú eres un experto en armas nucleares, ¿no?

—No más que otros agentes del Servicio de Inteligencia, como tú —rechazó Warren, con un gesto—. Mis conocimientos mayores estriban, creo, en la desconexión de artefactos explosivos de cualquier factura. Pero te confieso que jamás probé con uno atómico. Esa clase de bombas no abundan.

—Pero una de confección casera, si existe, estaría sujeta a los mismos problemas de conexión y desconexión que cualquier otro ingenio explosivo. Es distinto las bombas nucleares de los Estados, con sus sofisticados sistemas de seguridad y control y de percusión a distancia, mediante circuitos programados.

—Si alguien ha sido capaz de construir una bomba atómica casera, no tendría problemas en montar esos circuitos electrónicos y programar una computadora.

—Posiblemente no. Pero quizá recurriesen a los procedimientos habituales. ¿Tú crees que es fácil obtener materia para construir una bomba atómica?

—Supongo que no, a menos que los gobiernos estén locos y no haya medidas estrictas de seguridad en ese terreno —comentó Steve Warren apaciblemente.

Frank Stanton sonrió, moviendo la cabeza.

—Sabes que siempre se cometen errores, incluso por parte de los gobiernos. Dando eso por sentado, me pregunto si será tarea sencilla conseguir uranio enriquecido y todo lo demás.

—¿Has preguntado a alguien del departamento?

—Sí. A Brian Bellamy. Estuvo en Armas Nucleares varios años, y fue experto en cohetes de cabeza nuclear de la OTAN. Según me contó, durante un solo año llegaron a extraviarse hasta siete

cabezas nucleares, de las que sólo cuatro fueron rescatadas, dándose por perdidas definitivamente las otras tres, así sin más.

—Cielos, qué esperanzador informe —murmuró Warren, sarcástico—. Vivimos sobre un volcán sin saberlo.

—Según él, esas cabezas servirían de poco sin el resto del mecanismo y los elementos del cohete. Pero lo cierto es que siguen desaparecidas, y nadie sabe dónde están. Añadió que, según sus informes, los Estados Unidos pierden todavía más unidades por año.

—Encantadora eficacia la de todos los amos del mundo —rió Warren—. Seguro que si preguntamos a los rusos, les ocurre algo parecido.

—Sea como sea, visto desde ese lado, este mensaje podría tener algo de inquietante, Steve. Me intriga la alusión a las Falkland, por ejemplo.

—Habrá argentinos detrás —sonrió el agente secreto británico, mirando atento a su colega.

Frank Stanton se peinó con lentitud sus cabellos canosos utilizando los dedos de su mano, aplastó el cigarrillo en el cenicero y sacudió la cabeza afirmando:

—Es posible. O afán de desviar las sospechas si se tomase en serio el mensaje.

—Sospecho que eso lo sabremos con más seguridad a las nueve en punto. Es la hora en que harán su segunda y última advertencia, según dice ahí...

—En efecto. Para entonces, si todo se pone feo, quedarían sólo nueve horas, Steve.

—Si, sé contar bastante bien —rió el joven agente, entornando sus grises ojos acerados con aire pensativo—. ¿Has comunicado con *sir* Austin?

—¿El *viejo*? —sonrió Stanton. Afirmó con la cabeza—. Lo intenté. Pero no está en el departamento ni en su casa. Ya sabes que no es fácil hallarle.

—El gobierno puede conseguirlo en sólo unos minutos, si quiere.

—Pero se ve que en Downing Street se han tomado a broma el mensaje. Esperemos que estén acertados. Yo sigo desconfiando de todo esto. Me preocupa un poco. Y si llega a suceder lo peor, me pregunto cómo se podría evacuar Londres en tan poco tiempo. No sabiendo dónde está situado el artefacto explosivo, toda la ciudad

peligraría por igual, pese a que el radio de acción del arma fuese limitado en efectos totales.

—Por pura lógica, imagino que si existe ese terrible artefacto, esté situado en zona céntrica. Allí donde pueda afectar más gravemente, tanto en efectos destructivos como letales, y también las lógicas secuelas psicológicas para el país y para el mundo.

—Conforme. He pensado igual. Según mi teoría, la búsqueda debería centrarse, si llega el caso, a City of Westminster, Soho, la City, Belgravia y Bloomsbury.

—Una aguja en un inmenso pajar —suspiró Steve Warren con desaliento—. Ni nuestro entrañable y mítico James Bond conseguiría nada en un caso así.

—Tu sentido del humor me desconcierta, Steve. Puede que estemos al borde de un auténtico cataclismo. ¿No te lo tomas en serio?

—No conseguiremos nada con ello, Frank. Mientras el gobierno y la policía no se lo tomen en serio, nuestra opinión personal contará muy poco.

—Maldita sea, ya lo sé. Pero al menos tendrás una opinión formada al respecto, si las cosas se ponen oscuras a partir de las nueve...

—Si a esa hora sucede algo, ten por seguro que entraré en acción de inmediato, Frank. Pero supongo que también será ése tu caso y el de muchos otros colegas. Dependemos, no obstante, de nuestros jefes, y ellos deben decidir.

—El inspector Bowles me dijo que él, personalmente, tomaba en serio el mensaje, y que estaba muy asustado. Pero el superintendente Dolan y los demás no habían pensado en conceder el menor crédito al asunto.

—¿Has hablado con el *Foreign Office*?

—Naturalmente. Están muy preocupados por haberse detectado la presencia en Gran Bretaña de un agente de la KGB soviética, posiblemente Iván Slavsky. Pero no relacionan en absoluto a los rusos con la hipotética posibilidad de que haya algo de cierto en ese mensaje.

—Los rusos nunca meterían una bomba nuclear casera en Londres para pedir dinero y exigir que Argentina recupere las Malvinas. Carecería de sentido, incluso dentro del absurdo

constante que es la política internacional. Pero que Slavsky esté en el país es siempre inquietante. Es un auténtico superespía que sólo se ocupa de los grandes problemas.

—Ellos deben pensar igual, porque no les afecta lo más mínimo esa otra horrible posibilidad de que medio Londres se convierta en ruinas y muerte dentro de pocas, horas.

—Esperemos a las nueve de la noche, Frank —suspiró Steve Warren, apurando su copa de oporto—. Me temo que no podemos hacer otra cosa por el momento.

Stanton asintió, mirando pensativo a su compañero y colega. Luego, aventuró una tímida pregunta:

—¿Tú crees que va a ocurrir realmente algo a las nueve?

Steve afirmó lentamente con la cabeza.

—Sí —dijo—. Creo que sí.

A las nueve en punto de aquella noche, el temor de Steve Warren se confirmó totalmente.

Una pavorosa explosión en el río Támesis, entre los puentes de Vauxhall y Victoria, frente a Pimlico Gardens, conmovió a gran parte de la ciudad y alumbró la noche con una llamarada violenta, cegadora, visible a mucha distancia. Las aguas se agitaron, convulsas, arrojando a muchas pequeñas embarcaciones contra las orillas, y provocando el pánico en Kennington, al otro lado del río, así como en el barrio de Pimlico, zonas próximas al escenario del suceso.

Numerosas lanchas de la policía se dirigieron al lugar del acontecimiento, mientras las sirenas atronaban el aire. La proximidad de la estación de energía de Battersea, alarmó inicialmente a muchos, que pensaron en un siniestro en aquella peligrosa zona. Pronto se confirmó que la estación energética no sufría daño alguno, pero en cambio una enorme barcaza, en medio del Támesis, se había reducido virtualmente a polvo cuando un ingenio explosivo estalló a bordo de forma devastadora, coincidiendo justamente con las nueve campanadas del Big Ben.

—¡Cuidado! —gritó un experto de la policía, en una de las lanchas de patrulla, al detectar en un contador Geyser unas sospechosas vibraciones y parpadeos de luz, al aproximarse a la zona donde aún humeaban los restos pulverizados de la barcaza, entre aguas agitadas—. ¡Hay radiactividad en la zona! ¡Adopten

precauciones, no dejen aproximarse a las embarcaciones sin las debidas medidas de máxima seguridad! ¡Den aviso inmediato al Ministerio del Ejército y del Interior! Aquí ocurre algo raro...

Las lanchas policiales formaron un cerco en torno al lugar de la explosión, allí donde los índices contaminantes señalados por los Geyger eran tolerables para el ser humano, y se requirieron helicópteros con personal provisto de indumentaria antirradiactiva.

Simultáneamente a todo ello, una agencia de reparto en propia mano entregaba, justamente a las nueve y cinco minutos, a todos los medios de comunicación, a Scotland Yard y a las oficinas del Gobierno, una segunda nota, igualmente escrita con recortes de periódicos y fotocopiada de un original totalmente carente de huellas dactilares.

El texto, esta vez, era más breve que en la anterior ocasión:

A estas horas, habrá estallado un diminuto ingenio nuclear en el Támesis. Es el último aviso. Su carga era ínfima y, aun así, ha producido gran destrozo y alarma. Es nuestro ultimátum.

Sólo disponen de nueve horas escasas. La bomba atómica estallará a las seis en punto de la mañana. Aún es tiempo. Recuerden: las Malvinas para Argentina, y veinte millones de libras oro para nosotros. Den respuesta por radio y televisión. Daremos instrucciones. Si no..., adiós, Londres. Volará a las seis, recuerden.

CAPÍTULO III

EN LA ORILLA

—¿Se ha confirmado?

—Sí, Jessie. Hay radiactividad en el río. Bastante intensa en la zona de Pimlico. Han evacuado las márgenes del río entre Grosvenor y Millbank, aunque no parece letal. Es sólo una medida precautoria, pero la alarma ya está dada. ¿Vas a publicar algo?

—Publicar... —suspiró ella, desolada—. Eso debimos hacerlo en la edición extra de la noche, Riordan.

—Lo sé. Y lo siento —el redactor jefe desvió la mirada—. Aun con esto, no creo que el gobierno se lo tome totalmente en serio. Una cosa es un pequeño explosivo y otra muy distinta una bomba atómica capaz de destruir Londres.

—No hará falta tanto. Si ponen una bomba así en City of Westminster, será como aniquilar Londres entero. Habrá millones de víctimas entre muertos y heridos, en las diversas áreas afectadas en torno al Punto Cero. Y lo más significativo del país británico habrá desaparecido en ruinas. Al lado de esto, las

V-L

y

V-2

alemanas serán un juego de niños, usted lo sabe. Y todos estamos siendo cómplices de ello por no hacer pública la verdad.

—Puede provocarse el pánico, Jessie...

—¿Y qué? ¿Es mejor tener miedo o morir dormido o cuando suena el despertador para ir al trabajo?

—Está bien, usted gana. Haremos una edición especial, aunque dudo que la gente la compre a las once de la noche. En primera

página irá una reproducción de los dos mensajes, con los titulares adecuados. Antes, informaré al gobierno. No quiero líos con ellos.

—¿Y la libertad de expresión, Riordan?

—Qué ingenua es usted, Jessie. ¿Pero existe realmente eso en alguna parte? —se mofó Riordan, tomando el teléfono para pedir línea directa con el Gobierno británico.

Ella soltó un suspiro profundo, y salió del despacho profundamente desengañada de muchas cosas, aunque dispuesta a llegar hasta el final en aquel asunto. Había empezado a redactar el artículo de alcance de la edición especial, cuando Riordan la llamó por la línea interior.

—Suspenda toda tarea en ese sentido —la avisó, tajante—. No publicaremos nada.

—¿Qué? —Se horrorizó la joven.

—Como lo oye. Orden de arriba. Muy de arriba. No se puede conmocionar a Londres, al país entero, a todo el mundo, con una noticia así.

—¡Pero eso es una locura! —clamó ella, airada.

—Sea lo que sea, es una decisión que hemos acatado *todos* los medios de comunicación por el momento. El gobierno se reúne en sesión de urgencia a las diez. Nos dirán lo que deciden.

—Eso puede ser a las doce o más. ¿Qué haremos con sólo seis horas escasas por delante?

—No lo sé. Si no nos plegamos a esa orden, tendremos graves problemas. No quiero jugarme el puesto, y los accionistas no desean ver su diario en dificultades. Son cosas que pasan, Jessie. Intereses creados, comprenda.

No, no comprendo nada —cortó ella, airada—. Sólo entiendo de vidas humanas, de seres como nosotros, de niños y ancianos en peligro. Me voy. No sé si a dormir o a emborracharme por ahí, pero me voy.

—Jessie, he dado orden a todo el mundo de que espere hasta la llamada del portavoz del gobierno, al pie de sus puestos de trabajo. Es una medida de precaución, por si nos dan luz verde para esa edición especial.

—Esa edición, jefe, si se lanza alguna vez, sólo servirá para publicar las esquelas de un millón o dos de londinenses —replicó ella, incisiva—. No quiero ser cómplice de semejante masacre, ni

con el *Mail* ni con nadie. Me voy. Está decidido.

—Eso le costará el empleo, Jessie.

—Entonces, déme por dimitida ya —y colgó, tomando su gabardina y dirigiéndose resueltamente a la salida.

Cuando salió, del *Mail* dio un tremendo portazo que sobresaltó al conserje nocturno, y se encaminó a su coche, aparcado allí cerca, dirigiéndose luego presurosa hacia el Támesis, que fue bordeando, en dirección a Pimlico, con el rostro grave y tenso, los ojos centelleantes de mal contenida ira.

* * *

Steve Warren contempló en silencio el centro del río desde la orilla. A su lado, el inspector Harry Bowles, de Scotland Yard, se frotaba el mentón, pensativo, mientras el cordón policial formaba un cerco total en torno a la zona, tanto por las orillas como en el centro' del

Támesis. Las aguas aún se removían, agitadas por turbulencias provocadas por la reciente explosión.

La noche era fría y húmeda, y estaba lloviznando persistentemente. El asfalto, en las orillas ribereñas, aparecía mojado y charolado, reflejando las luces de la noche londinense. Steve encendió un cigarrillo, fumando en silencio antes de hacer una pregunta con su habitual suavidad:

—¿Es fuerte la radicación, inspector?

—No demasiado. Pero siempre puede producir molestias a la gente, si permanece sometida a sus efectos largo tiempo. Por eso se ha procedido a la evacuación de la zona. Los agentes de servicio van con ropas aislantes facilitadas por el Centro de Experiencias Nucleares.

—Entiendo. ¿No han despertado la alarma en el vecindario con esas medidas?

—Se les ha explicado que puede haber una fuga de gases tóxicos en la orilla del río —sonrió Harry Bowles—. Es *tabú* mencionar la radiactividad.

—¿Ordenes de arriba?

—Claro. El gobierno está reunido ahora en sesión de urgencia. Veremos lo que deciden.

—Usted y yo sabemos lo que pasa realmente, Harry —habló Steve, severo el gesto, acercándose al borde del río—. ¿Cierto?

—Me temo que sí —admitió el policía—. Por favor, no se acerque demasiado a la orilla. Puede haber contaminación peligrosa...

—Esperemos que no —suspiró el agente del Servicio de Inteligencia británico, mirando en derredor—. Hay demasiados curiosos aquí, inspector.

No pude evitarlo. Son funcionarios oficiales, periodistas, gente de la televisión y la radio... No se les puede negar el acceso.

—Oh, claro, claro —rió Steve, irónico—. Estamos en una democracia, inspector, eso no debemos olvidarlo. Pero ocultando la verdad, se ponen vidas en peligro cierto.

—¿Qué puedo hacer? El propio ministro del Interior dio la orden. No debemos dejar filtrar información alguna sobre las radiaciones.

—Ya. —Steve Warren fumó un par de chupadas y arrojó el cigarrillo al río, viendo cómo se extinguía su brasa en las sucias aguas—. ¿Qué clase de ingenio se supone que hizo volar la barcaza hecha polvo?

—Una cantidad insignificante de uranio enriquecido, en fusión nuclear —dijo el inspector, mirando en torno, preocupado—. Yo diría que una minibomba atómica de escasísima potencia. —Pero atómica.

—Sí, eso me temo —admitió de mala gana el inspector Bowles.

—Dios mío... Eso quiere decir que puede haber otra en cualquier parte de Londres, capaz de convertir media ciudad en pavesas —musitó Warren, sombrío.

—Es lo que están discutiendo los miembros el gobierno, sí.

—Discutir no conduce a nada. Esa bomba, o está en algún sitio... o no está. En ambos casos, es preciso buscarla. El tiempo que se pierde es precioso. Y no basta con evacuar esta zona. Habría que evacuar todo Londres.

—¿Todo? ¡Eso es imposible incluso en varios días, Warren!

—Cuando menos, en pocas horas... que cada vez serán menos —miró su reloj, sacudiendo la cabeza—. Las diez menos veinte... Dios mío, cuánto tiempo perdido en estúpidas demoras y temores...

—Mi gente está ya buscando el artefacto, Steve. Todo Scotland

Yard se ha puesto en ello de inmediato, sin esperar órdenes del gobierno. Y hemos solicitado la ayuda del ejército. El ministro de la Guerra ha aceptado esa petición, y un regimiento de zapadores se dirige a Londres para que los expertos en explosivos busquen por doquier.

—Menos mal. Ah, ahí veo que viene gente importante —comentó Steve, viendo aparecer dos coches oficiales que salvaron los rigurosos controles y pasaron a la zona acotada, entre disparos de *flash* de los fotógrafos de prensa y cámaras de televisión en su seguimiento.

—Nada menos que el propio jefe de su departamento, Steve —gruñó Bowles—, y el subsecretario del Interior... No me extrañaría que esta noche viniera por aquí el primer ministro...

Steve sonrió sin comentar nada, y se dirigió rápidamente adonde aparcaban los dos vehículos oficiales. Se abrió paso entre los periodistas para saludar a su jefe, *sir* Austin Lawrence, del *Intelligence Service*, que eludió preguntas capciosas de los reporteros, para acercarse de inmediato a Warren y hablar con él en voz baja, presuroso:

—Steve, entramos en acción ya —informó—. El caso es suyo, porque es el hombre idóneo, dados sus conocimientos de explosivos. Me alegra encontrarle aquí para encomendarle oficialmente el asunto lo antes posible. Supongo que ya sabrá que se trata de algo de tipo nuclear...

—Sí, *sir* Austin —asintió Steve, seco—. Lo sé. Pero pienso en otro ingenio nuclear mucho más amenazador para todos...

—Bueno, eso es sólo hipotético. Puede existir o no. No es lo mismo conseguir un pequeño artefacto de tipo nuclear, que una bomba en toda regla...

Sir Austin, si lograron uno, pudieron conseguir el otro —atajó Steve—. ¿Qué ha decidido el gobierno?

—Nada aún. Siguen reunidos —señaló el subsecretario del Interior, que acababa de librarse de un grupo de periodistas y de un reporter de televisión—. Señor, éste es nuestro agente especializado en física nuclear y explosivos, Steve Warren.

—Es un placer conocerle —dijo el político gravemente, estrechando su mano, con su aire impasible, reforzado por su negro gabán, su paraguas y su bombín negro—. ¿Cómo ve el asunto,

Warren?

—Mal, señor —respondió tajante el agente especial—. Aquí hay radiactividad. Usaron uranio enriquecido para provocar la fisión nuclear, aunque en escasa potencia, digamos que casi en forma doméstica.

—Creo que esos tipos están fanfarroneando. Éste es su gran «farol» —sonrió con aire de suficiencia el político—. Esperan asustarnos y que cedamos.

—Ceder, ¿en qué? —quiso saber Warren.

—¿En qué va a ser, amigo mío? En darles las Falkland a esos militares argentinos y los veinte millones a otros facinerosos parecidos. Mi gobierno, naturalmente, va a negarse a pactar o negociar con terroristas de forma rotunda.

—Me parece muy bien. Pero espero que sí hagan algo para evacuar la ciudad antes de las seis...

—¿Evacuar Londres en pocas horas? —se escandalizó el político—. ¡Qué barbaridad! Warren, usted sabe que eso es imposible. Provocaríamos tal pánico colectivo, que habría una matanza para nada, tal vez ni siquiera existiendo bomba alguna.

—Pero de eso no pueden estar ustedes seguros. Hay que intentar salvar vidas...

—Por supuesto, pero sólo de una forma controlada y razonable. Sin alarmas ni caos. Buscando esa bomba, si es que existe... y hallándola. Ahí entrará usted, sin duda, así como sus compañeros del Servicio de Inteligencia, el ejército y la policía. Se dará una excusa cualquiera para justificar los movimientos y nada más. No podemos aterrorizar a tantos millones de seres inútilmente.

—Entiendo —silabeó Steve, dominándose—. En el fondo nadie cree que la bomba atómica casera exista.

—Por supuesto —rió el político—. Todo es un gran *bluff*, estoy seguro.

—Yo no, señor —cortó el agente especial—. Ahora, disculpen. Sólo tengo ocho horas para dar con esa bomba, que estoy seguro existe en alguna parte, como siempre supe que hoy, a las nueve, ocurriría algo grave.

—¿De veras, Warren? —se alarmó *sir* Austin, mirándole perplejo.

—Sí, señor. Nunca pensé que fanfarroneara esa agente con tales

mensajes. Y ahora, menos que nunca. Estoy de acuerdo en que no se debe pactar con terroristas, pero hará mal en minimizar a esa gente sólo porque haya una reclamación argentina por medio. Olvidemos nuestra soberbia colonialista, señores, y seamos sensatos por una vez en la vida, sin que nos cieguen fanatismos patrioterros.

—¡Warren! —dijo el subsecretario del Interior con tono airado—. Sus palabras, cuando menos, son indignas de un buen ciudadano británico, y más aún en un miembro destacado del Servicio de Inteligencia...

—Eso es cierto, Warren —le reprendió severo *sir* Austin Lawrence—. Imagino que hablará así por nerviosismo...

Cuando Steve iba a responder, una mujer se abrió paso entre los reporteros y el cordón policial, llegó ante el subsecretario del Interior y el jefe del *Intelligence Service*, y espetó una frase contundente, que dejó helados a todos:

—Señores del gobierno, ¿qué ocurre con la evacuación de Londres? ¿O piensan dejar que la ciudad se haga pedazos bajo los efectos de una bomba semejante a la de Hiroshima o más potente aún, por muy casera que sea su manufactura?

¿Saben que con el material extraviado en la OTAN y en los propios centros británicos de energía nuclear, podrían fabricarse en este momento hasta diez bombas atómicas de muy respetable potencia destructora?

—¡Señorita! —gritó airado el político, volviéndose a ella—. ¿Quién es usted y con qué derecho me dice todo eso en público?

—Soy Jessie Holmes, redactora del *Mail*, y he venido a comprobar la clase de hecatombe a la que estamos condenados si nuestros gobernantes son lo bastante cobardes como para esconder la cabeza bajo el ala y ocultar a su pueblo lo que está sucediendo realmente.

—Señorita Holmes, ¿sabe que si insiste en esa postura, puede perder su puesto en la Prensa? —replicó acremente el subsecretario del Interior.

—No se preocupe por ello —rió ella, agresiva—. Ya he dimitido de ese puesto y trabajo por libre. Haré el mejor reportaje de mi vida, caiga quien caiga, y si he de morir entre las ruinas de esta ciudad a las seis de la mañana, moriré no sin antes dejar para la posteridad el auténtico artículo de una sucia e inconfesable verdad

de la que sólo la incapacidad de unos políticos será la causa.

—Usted está loca, señorita —dijo despectivo el político, dirigiéndose hacia su coche, tras observar de una ojeada que los reporteros se agolpaban ante el cerco policial, tratando de oír las palabras de su audaz colega—. Daré órdenes de que la periodista Jessie Holmes no pueda acercarse a lugar alguno para informar de nada.

—¿A eso se le llama derecho de informar fielmente al público? —replicó ella, incisiva—. Me dan ustedes pena. Pena y vergüenza, señores...

El coche del político arrancó de inmediato. *Sir* Austin meneó la cabeza, cambiando una mirada sombría con Steve Warren.

—Esto empieza a ponerse feo, amigo mío —dijo sordamente—. Comience a trabajar. Cuando crea tener algo, vaya a verme a la oficina. Voy al departamento y no me iré en toda la noche. Creo que todos vamos a pasar una terrible noche en vela...

—Así es, señor —confirmó Steve, viéndole partir también de la zona acotada por la policía.

Luego, lentamente, se volvió hacia la joven que permanecía erguida y serena, con la decisión impresa en su bonito rostro.

—Es usted terrible —rió suavemente—. ¿Siempre trabaja así?

—No, no siempre. Ahora, ni siquiera trabajo, ya lo sabe. Sólo intento sacar algo en limpio de esta basura, luchar por mi ciudad y mi gente, aunque sea contra todo y contra todos. Usted imagino que tendrá algo que ver con el gobierno...

—En cierto modo —asintió Warren, risueño—. Pero no comparto la opinión de ese caballero con quien usted discutió, no tema. Estaba diciéndole algo muy parecido cuando usted terció en la cuestión tan osadamente, señorita... —Holmes. Jessie Holmes.

—Mi nombre es Steve Warren, y trabajo para la Inteligencia británica —añadió en voz baja—. Pero eso no se lo cuente a nadie aunque consiga otro empleo.

—Descuide. No sabrá nadie nada por mí —le miró, calmándose lentamente. Incluso llegó a sonreír finalmente, con cierto alivio—. Me considerará sin duda una mujer terrible.

—Terrible, pero encantadora —rió él irónicamente—. De todos modos, me gustaría decirle que estuvo muy valiente y sincera. Pero eso no se puede ser ni siquiera en nuestro bendito país, con toda su

casi perfecta democracia, porque los de arriba no acostumbran soportar críticas, sobre todo cuando son merecidas.

—Lo sé. Pero esta situación es preocupante, ¿verdad?

—Vaya si lo es —suspiró Steve, sombrío—. Usted tuvo razón. Es posible que pronto Londres sea otro Hiroshima o Nagasaki, si Dios no lo remedia. Sospecho que la bomba existe.

—¿Atómica?

—Sí, es muy posible. No tiene nada de irreal imaginarse una bomba nuclear casera. Lo he comprobado hoy, por desgracia para todos.

—Dios mío, ¿y qué se puede hacer?

—Lo único posible y razonable: buscar la bomba.

—¿Existe algún indicio claro de su paradero?

—Ninguno. Sé tanto como usted, puesto que los datos son los mismos. ¿Desea ir a alguna parte? Aquí hay frío, humedad... y contaminación. No ganamos nada permaneciendo en esta zona más tiempo.

—No, gracias, tengo mi coche ahí. ¿Ha dicho *contaminación*?

—Sí —la miró fijamente—. Y piense lo que quiera. Pude referirme solamente a las sucias aguas del río y a los vapores industriales.

—Pero no se refería a eso.

—Tal vez no —se encogió de hombros—. ¿Vamos, señorita Holmes? Si quiere escribir algo sensacional sobre lo que ocurre esta noche en Londres, venga conmigo y deje su coche aparcado por ahí. Podemos tomar algo en cualquier sitio, charlar de todo esto mientras preparo mi tarea para varias horas agotadoras de búsqueda.

—Sí, eso me parece bien. ¿Podré escribir en exclusiva lo que averigüe a través de su labor?

—Una vez acabado todo... y si vivimos ambos, ¿por qué no? —sonrió Warren—. Incluso es posible que podamos colaborar. La Prensa siempre tiene datos interesantes que no hay que desdeñar. Somos dos londinenses luchando por sus vidas y las de sus conciudadanos, mientras el gobierno delibera y la gente duerme o ve una película, bien ajeno a lo que le amenaza.

—Si todos fueran como usted... —suspiró ella, moviendo la cabeza—. A veces me pregunto si el mundo entero no se estará

volviendo loco y le importa ya muy poco la seguridad de millones de seres. Lo lógico aquí sería iniciar ya la evacuación de la ciudad...

—Estoy de acuerdo con usted, pero eso también tiene sus inconvenientes, por culpa de la poca previsión de los gobiernos. Hace poco se comprobó que para evacuar Nueva York en pocas horas, ante una amenaza de ataque nuclear, todas las medidas tomadas al efecto serían totalmente inútiles y se produciría una catástrofe, entre otras razones porque el gobierno de Washington ha llegado a considerar seriamente que la gran ciudad se podría evacuar... ¡por orden alfabético! Eso es un puro disparate, porque nadie querría esperar a que su letra alcanzase el turno. Sólo los apellidos de la letra

A o B

accederían a tal juego, pero ¿qué dirían los que empiezan por W, X, Y o Z?

El caos sería peor aún que los propios efectos del ataque atómico. Y aquí, ni siquiera tenemos un esbozo serio de evacuación en un caso semejante, de modo que todo sería improvisado, posiblemente desastroso en sus consecuencias, a causa del pánico, el apego a la propia vida y a los seres queridos de uno, así como al vano empeño de querer salvar lo insalvable del holocausto nuclear previsto, cosa que no haría sino complicar más aún las cosas, hasta extremos de verdadero aquelarre. Habría gente qué, por huir de un Londres amenazado, sería capaz de matar a otros seres humanos.

—Dios mío... —Jessie bajó la cabeza, anonadada—. Mucho me temo que esté usted en lo cierto...

—Lo estoy. Lo cual no le quita razón. Habría que hacer algo más que esperar y pensar que todo será un *bluff*, porque si no lo es, esto se vendrá abajo como un castillo de naipes. Pero eso sí, seguro que para entonces el gobierno y la familia real estarán a salvo de todo peligro, bien lejos de esta ciudad. Lo cual es comprensible, pero moralmente discutible para mí.

—Y para mí —sostuvo ella con energía.

—Le aseguro que los rusos, los americanos o los chinos, llegado el caso, harían exactamente lo mismo con sus dirigentes. Todos en refugios seguros, mientras los demás eran exterminados. El mundo está hecho así y no podemos arreglarlo usted ni yo, señorita Holmes. Tratemos, cuando menos, de salvar algo de todo ello, si

aún es posible.

Y cuando llegaron al coche de Steve, éste invitó a entrar a la joven, que se sentó a su lado, mientras él tomaba el volante y partían. Mientras rodaban, alejándose de la orilla del Támesis, conectó una frecuencia de radio por la que, para asombro de la joven reportera, comenzaron a oírse informaciones que nadie en Londres podía recibir a través de un receptor de radio normal:

«La situación es estable en la zona del Támesis afectada por la explosión de tipo nuclear detectada esta noche a las nueve —decía una voz monocorde—. El gobierno, durante su reunión de urgencia, que prosigue normalmente, sigue siendo informado al minuto por los servicios especiales del curso de las averiguaciones respecto a la naturaleza de dicha explosión, y expertos del ejército y la policía rastrean ya, con el mayor sigilo y prudencia, las zonas céntricas urbanas, en busca del posible paradero de la anunciada bomba nuclear programada para estallar a las seis A. M. de mañana».

—Como ve, noticias de primera mano —sonrió cínicamente Warren—. Es la emisora secreta de Inteligencia. Nos informan a sus miembros constantemente. Es una frecuencia de onda que nadie puede captar.

—¿Y usted me permite oírlo? ¿Por qué lo hace?

—No sé. Tal vez porque la situación sea tan absurda y especial que no quiero actuar rutinariamente. O tal vez porque confíe en una chica como usted.

—Yo podría estar fingiendo y pertenecer al comando que puso esa bomba —sugirió ella, cáustica.

—Muy cierto. Ya lo he pensado —rió el agente especial, burlón—. Pero lo he desechado en seguida.

—¿Por qué? Cualquiera puede ser culpable de un hecho así...

—Cierto. Pero me gusta dejarme guiar por mi instinto, señorita Holmes. Y ése me dice que puedo confiar en usted y que va a serme de gran ayuda en este lío.

—¿Yo? —dudó ella—. Eso sí que me sorprende. ¿En qué puedo ayudar a un agente especial de Su Majestad?

—Aún no lo sé. Llegado el momento, ambos tendremos la respuesta, si mi instinto no me engaña.

En ese momento, el locutor informó por la emisora:

«Informes de Scotland Yard notifican en este momento que un

hombre que se sintió repentinamente enfermo, llamó a un médico de urgencia y cuando éste llegó, al no responder a sus llamadas, avisó a la policía. El nombre del paciente, Héctor Rizaldo, figuraba ya en poder de la policía, en una llamada en la que dijo sentirse envenenado y haber sido quien puso la bomba atómica en un lugar que no llegó a citar. Era ciudadano argentino y fue hallado muerto en su domicilio. En su poder había planos de explosivos y sistemas de detonación, pero nada alusivo al lugar donde pueda estar el ingenio. Se le hará la autopsia, pero de momento se dictamina muerte por envenenamiento posible, de carácter fulminante».

—¡Cielos, escuche eso! —exclamó Steve Warren, repentinamente excitado—. Vamos a ir de inmediato a casa de ese ciudadano argentino...

Y mientras aceleraba la marcha de su coche, utilizó una pequeña emisora de radio, y pidió urgentemente las señas del lugar del suceso, dando de inmediato las cifras clave de su código de identificación en el *Intelligence Service*.

Después, enmendando la ruta de su automóvil una vez conocidos los datos, añadió mirando con simpatía a la joven periodista:

—¿Lo ve? Sabía que usted me traería suerte... Creo que acabamos de encontrar la primera pista hacia la bomba atómica... que ahora sí estoy absoluta y tristemente seguro de que existe.

—Dios mío... —jadeó Jessie, con voz quebrada—. Estaba segura en todo momento de que ese horror era real, tremendamente real, señor Warren...

CAPÍTULO IV

PISTAS ROTAS

No había mucho que ver allí.

El inspector Bowles, de Scotland Yard, estaba con sus hombres cuando ellos llegaron al domicilio de Héctor Rizaldo, situado en una calle ruidosa de Earls Court, no lejos del Western Hospital. Una ambulancia se llevaba el cadáver del argentino cuando ellos entraron en la casa. Bowles se limitó a informar a Warren:

—El forense ha examinado atentamente el cadáver. Insiste en que es veneno, como dijo el propio Rizaldo por teléfono. Al parecer, un veneno muy activo y eficaz. Bastaron unas gotas para acabar con su vida en medio de horribles dolores y vómitos. Por aquí no hay ni rastro de ese veneno, de modo que debió serle administrado en otro lugar. Además, tenía los zapatos húmedos de lluvia, de modo que no hacía mucho que estuvo fuera de casa, esta misma tarde sin duda.

Warren asintió, examinando las pertenencias del muerto. Descubrió en un armario numerosos objetos electrónicos y planos detallados a escala de bombas y cohetes norteamericanos y soviéticos, publicados por revistas técnicas. También había planos hechos sin duda por él, sobre papel vegetal, pero su naturaleza era un misterio.

—¿Nada sobre la bomba que buscamos? —indagó Steve, ceñudo.

—No, nada.

—Supongo que hubiera sido demasiada fortuna. Tal vez le asesinaron para que no se arrepintiera y revelase a nadie lo que había hecho con el artefacto.

—Tal vez. —Bowles se encogió de hombros—. Mire esto, Warren.

Le tendió un manojo de octavillas impresas en papel rosado. Se leía en ellas, con gruesos caracteres, en inglés y español:

**¡LAS MALVINAS SON ARGENTINAS! ¡INGLATERRA LAS OCUPA CONTRA
TODO DERECHO!**

**¡LUCHEMOS POR SU RECUPERACION CONTRA EL LEON BRITANICO!
¡PIRATAS INGLESES; FUERA DE NUESTRA TIERRA!**

—Era un activista antibritánico, no hay duda —suspiró Warren—. Eso encaja con él texto del mensaje. Pero no sabemos si se trata de una organización completa o si él era el único miembro de tal condición en un grupo criminal, inspector.

—Muy cierto. Estaba viendo la televisión cuando comenzó su agonía. Eso quiere decir que aguardaba lo que pudiese responderles el telediario de las ocho... ¿Por qué diablos le asesinarían?

—Me temo que se llevó ese secreto a la tumba... —suspiró Warren.

De pronto, el policía le hizo un gesto, recomendándole silencio. Fue hacia la puerta del piso y la abrió de repente.

Una mujer joven, rubia y de grandes ojos azules, no mal parecida, estaba parada ante la puerta, con gesto asustado. Pareció a punto de echar a correr cuando vio al policía, pero lo cierto es que se quedó como clavada en el umbral, mirando al interior del piso.

—Oh... —susurró—. ¿Qué es lo que ocurre? ¿Dónde está Héctor? ¿Le pasa algo?

—Si se refiere a Héctor Rizaldo, señorita... está muerto —dijo sin rodeos el inspector.

Ella palideció intensamente, y vaciló, a punto de caer. Rápida, Jessie acudió en su ayuda, tomándola por un brazo afectuosamente. Miró con reproche a Bowles.

—¿No existe otro modo más suave de decir las cosas, inspector? —le censuró—. Vamos, querida, venga conmigo...

Entraron ambas en el piso, mientras la desconocida comenzaba a sollozar ahogadamente. Bowles y Warren se miraron. Éste avanzó hacia la muchacha.

—Siéntese —pidió suavemente—. ¿Es usted familia de él acaso?

—Soy..., soy... era... su..., su novia —musitó la joven, con un hilo de voz, entre sollozos—. Pobre Héctor... ¿Qué le sucedió?

—Al parecer alguien le envenenó, señorita —informó Warren—. No sabemos quién.

—Envenenado... Dios mío... —jadeó ella, horrorizada.

—Usted no parece argentina, señorita —terció con cierta sequedad el policía:

—No lo soy —rechazó ella vivamente—. Soy inglesa, señor.

—Soy el inspector Bowles de Scotland Yard. ¿Y usted cómo se llama?

—Kim McCord. Conocí a Héctor en una fiesta latinoamericana... Era un buen chico...

—Sin duda —se apresuró a decir Warren, anticipándose a alguna afirmación bastante menos piadosa del inspector Bowles al respecto—. Por eso queríamos saber quién pudo asesinarle y por qué, señorita McCord. ¿No sabe usted nada al respecto?

—Cielos, claro que no. ¿Quién podía quererle mal? Era..., era muy impulsivo, eso sí. Siempre estaba hablando de su país, de problemas políticos y de las Falkland... Pero no nos peleábamos por eso. Cada uno defiende en la vida sus puntos de vista, me parece lógico.

—Pero usted, si le conoció en una fiesta, quizá recuerde los amigos que él tenía o frecuentaba, alguien en particular que pudiera tener gran amistad con él y que nos pudiera ayudar a dar con su asesino... —sugirió suavemente Warren.

—Bueno, yo... recuerdo a algunos muchachos sudamericanos, como él, pero a ninguno en particular. Ah, eso sí. Tenía un amigo, al que más trataba. Le llamó varias veces por teléfono en mi presencia, un día me lo presentó en un bar...

—¿Recuerda su nombre, algún dato sobre ese amigo? —preguntó vivamente Warren, tras cambiar una veloz mirada con Bowles.

—Sí, sí... Recuerdo que era extranjero también... No americano, no... Era suizo, eso es. De Zurich.

—Suizo... —musitó Warren, pensativo—. Como los relojes...

Bowles le miró al entender el comentario. Pero replicó, algo irónico:

—También los japoneses hacen relojes, Steve, ¿lo ha olvidado?

Steve ignoró el sarcasmo y apremió a la joven, sin forzarla demasiado:

—¿No puede recordar su nombre tal vez? Podría sernos muy importante...

—Sí, era muy raro... Sch... Schartz, eso es. Peter Schartz, creo. Usted tuvo razón en algo, señor —dijo mirando a Warren con cierta simpatía—. Creo que es relojero...

Los ojos de Warren brillaron. Bowles se dirigió de inmediato al teléfono y, tomándolo con su pañuelo, para evitar borrar alguna huella si la había, avisó para que sus hombres buscaran por todo Londres con urgencia a un tal Peter Schartz, relojero suizo, natural de Zurich. La joven lo describió de inmediato al pedírselo Jessie:

—Era rubio, alto, fornido. Joven, unos treinta años. Oí decir a Héctor que era un..., un anarquista, o algo así. De ideas muy radicales.

—Nos está prestando una gran ayuda, señorita McCord —afirmó Warren, afable—. Ahora repose, cálmese. ¿Desea tomar algo? Le aseguro que aquí no parece haber venenos...

—No, no, gracias —rechazó ella tristemente, ahogando un sollozo—. No quiero nada. Dios mío, mi pobre Héctor... ¿Por qué tuvo que ocurrirle algo así?

—No ganará nada permaneciendo ahora aquí —sugirió Jessie, afectuosa—. ¿Por qué no la llevamos a su casa, amiga mía, y allí se acuesta y trata de descansar un poco?

—Tal vez sea lo mejor... —Miró en torno—. ¿El..., él no está... aquí?

—No, señorita —respondió Bowles—. Se lo llevaron ya. Podrá verlo, si lo desea...

—Será mejor que lo recuerde tal como era en vida —se puso en pie, ayudada siempre por Jessie, a quien miró la joven con gratitud—. ¿Van a ser tan amables de molestarse por mí?

—No será molestia —rechazó Jessie—. Yo la acompañaré, querida. ¿Nos veremos en alguna parte, señor Warren?

—Sí, por supuesto —afirmó Steve, pensativo—. Vaya luego al Yard. Estaré allí con el inspector, trazando planes para buscar lo que estamos tratando de localizar, señorita Holmes. No tarde demasiado, ya sabe que tenemos *muy* poco tiempo. Los ojos de

Jessie brillaron cuando asintió con la cabeza.

—No lo olvido ni un momento —suspiró—. Hasta luego.

Y salió de la casa con Kim McCord, como si fueran amigas de siempre. Warren y el inspector cambiaron una mirada.

—Mujeres... —resopló éste—. Todas son iguales...

Steve rió sin comentar nada. Salieron del piso de Rizaldo, donde nada tenían que hacer aparentemente, y se encaminaron a Scotland Yard a través de la llovizna pertinaz de la noche. El Big Ben empezó a tañer sus campanadas solemnes y melodiosas, tan tradicionales para todo buen londinense.

—Las once... —musitó Warren—. Cada vez nos queda menos tiempo, inspector. Bowles afirmó con la cabeza, su rostro convertido en un funeral.

* * *

A las once y veinte minutos, ya había llegado al Yard el informe de una patrulla policial de servicio, notificando la súbita muerte de un hombre en una céntrica farmacia, víctima de un extraño ataque de fatales consecuencias.

La documentación del difunto pertenecía a un tal Peter Schartz, súbdito suizo con residencia en Inglaterra, relojero de profesión. Era rubio, joven y fornido. Un forense había sospechado que la muerte se produjo por envenenamiento, aunque no podría asegurarse nada hasta que se le hiciera la autopsia.

—Parece que alguien se está dedicando a matar a todos los implicados en el asunto de la bomba —dijo el inspector Bowles con tono sombrío.

—Tal vez de ese modo, alguien se va a aprovechar en solitario de los veinte millones de libras, si el gobierno accede al chantaje. Podría suceder que un cómplice de todos ellos hubiera decidido quedarse solo en el asunto, tras deshacerse de sus compinches. Mi teoría es que Rizaldo montó la bomba y Schartz instaló el sistema de relojería, posiblemente lo bastante sofisticado como para que sea muy difícil desactivarlo aun en el caso, hartamente improbable, de que la bomba sea localizada a tiempo.

—Opino como usted, Warren. De momento, son ya cinco mil hombres los que rastrean Londres con los más sofisticados aparatos

detectores y las máximas precauciones, sin que haya aparecido rastro alguno de la dichosa bomba.

—Confiemos en ellos... y en nosotros —suspiró Warren—. Yo voy a iniciar la búsqueda por mi lado antes de las doce. Si conseguimos una lista de los lugares que frecuentaban esos dos hombres, Rizaldo y Schartz, y puntos donde pudieron ser vistos recientemente, es posible que ello nos sirva de orientación.

En ese momento, sonó el teléfono de la mesa del inspector. Éste descolgó, frunciendo el ceño al oír la comunicación. Warren observó que su gesto se tornaba circunspecto y respetuoso.

—Sí, señor —dijo—. Soy el inspector Bowles. Sí, señor... Comprendido. Estamos haciendo todo lo posible. Tenemos una pequeña pista, pero nada seguro aún... A sus órdenes, señor...

Colgó, mirando luego a Warren pensativo.

—Era el ministro del Interior —dijo—. El gabinete ha levantado la sesión, aunque probablemente permanecerán reunidos o en comunicación constante toda la noche.

—¿Y...?

—Nada. Ni se devuelven las Falkland, ni se pagan los veinte millones.

—Lo esperaba —suspiró el agente especial—. De todos modos, creo que no se hubiera ganado nada cediendo a sus exigencias.

—¿Qué quiere decir? —se extrañó Bowles.

—Viviendo Rizaldo y Schartz había una posibilidad de pacto. Aceptarían el dinero y la devolución de esas islas sin duda alguna, a cambio de desactivar la bomba o decirnos dónde estaba. Pero el que los envenenó, me temo que planea algo mucho peor aún: hacer detonar esa bomba, sea cual sea la decisión del gobierno del Reino Unido, inspector.

—Cielos, ¿eso es lo que piensa usted? —Se inquietó el policía. Luego se frotó la mandíbula y comentó—: Bien mirado, creo que es una posibilidad muy de temer... y que ocurra lo que ocurra, estamos condenados a que ese maldito artefacto se lleve por delante medio Londres, a menos que logremos dar a tiempo con él.

—Exacto. Y a eso hemos de dedicarnos de inmediato, inspector, sin perder un minuto más. No basta que haya cinco mil hombres rastreando ya la ciudad. Todos debemos colaborar en esa búsqueda. De modo que le dejo y voy a iniciar mis propias correrías en pos de

esa bomba.

Se disponía a salir del despacho, cuando apareció Jessie Holmes, con su eterno aire audaz y decidido, respirando con fuerza.

—Creí que ya no lo encontraría aquí, Warren —dijo con alivio.

—Me marchaba ya en este momento. ¿Por qué tardó tanto?

—Esa chica me entretuvo en su casa. Lloró, tuve que consolarla... y creo que hice muy bien en eso, porque de repente, ella recordó algo. Algo que no nos había dicho inicialmente.

Warren y el policía se miraron, acercándose rápidos a la periodista.

—¿Qué fue ello, señorita Holmes? —quiso saber el inspector.

—De pronto se acordó de un segundo amigo que Rizaldo había tenido. El hecho de que ese amigo estuviera muerto le había provocado el olvido momentáneo.

—¿Muerto? —arrugó el ceño Steve—. Vaya por Dios... Otra pista rota. ¿De quién se trataba?

De un joven irlandés del Ulster. Un combatiente del IRA, a lo que se ve. Murió en una huelga de hambre en Londonderry hace unos meses. Se llamaba Larry Connolly y era un activista muy violento... Rizaldo culpaba de su muerte al gobierno británico y a su política en el Ulster.

—Averiguaré cuanto pueda de ese hombre —prometió Bowles, ceñudo—. Pero si ha muerto, de poco puede servirnos ese dato.

—Un patriota argentino, un activista irlandés, un anarquista suizo... Extraña mezcla de gente la que está metida en todo esto. —Warren tomó el brazo a Jessie—. Es usted una excelente detective. Vamos, hay mucho por hacer aún esta noche, y sigo pensando que usted puede ser mi mascota.

Salieron de Scotland Yard con rapidez, subiendo al coche de Warren, que se dirigió al *Intelligence Service* directamente. Londres parecía dormir tranquilo, cercana ya la medianoche, sin sospechar sus habitantes la terrible amenaza que pendía sobre sus cabezas y de la que sólo un poco más de seis horas les separaba fatalmente.

* * *

Sir Austin Lawrence, a quien se le conocía más cariñosa y familiarmente en el Servicio de Inteligencia por «el viejo», escuchó

en silencio los informes de su agente, Steve Warren.

Jessie no había podido entrar en aquella estancia reservada solamente a la élite del personal de servicio del departamento de inteligencia británico, y esperaba a su nuevo amigo abajo, en el automóvil, frente al oscuro y sólido edificio donde estaban ubicadas las oficinas de los servicios secretos.

—Un maldito enredo, se mire como se mire —murmuró el jefe de la Inteligencia, con mirada ceñuda—. ¿Cuál es ahora su idea?

—Buscar la bomba de modo distinto a como lo hacen los rastreadores de la policía y el ejército, señor. Es decir, guiándome por mi olfato y por deducciones.

—Puede ser una solución. Usted es nuestro mejor hombre en muchas cosas, Warren, especialmente en explosivos. ¿Ha pensado algo inicialmente?

—Acercarme a cierto lugar del norte de Londres, no lejos de Leicester, donde se alza uno de los centros de experimentación nuclear del gobierno. Allí tengo a un conocido, el profesor Lawson. Sería importante, por encima de todo, saber detalles sobre la posible estructura y funcionamiento de esa bomba atómica casera, y nadie mejor que ellos para informarnos al efecto.

—Buena idea. Suerte, muchacho. Cuanto menos tiempo perdamos en charlar, tanto mejor. Después de todo, van a ser pronto las doce... y quedará muy corto plazo para el final anunciado.

Asintió Steve, estrechando la mano que *sir* Austin le tendía, y salió con rapidez del despacho, regresando al automóvil donde le aguardaba Jessie. Ella había puesto en funcionamiento las varillas del parabrisas, ya que la llovizna se estaba haciendo más intensa y continuaba por momentos. Rodaron hacia el norte de la ciudad, a buena velocidad, mientras él explicaba su plan a la joven:

—Ese centro nuclear es de acceso muy restringido. Pertenece a la BNR, o British Nuclear Research, y allí se ensayan los diversos dispositivos y proyectiles nucleares de que se nutren nuestras fuerzas armadas. Espero que mi amistad con el profesor Lawson, sirva para que usted pueda entrar allí, siendo periodista.

—Periodista cesada, en estos momentos —sonrió ella.

—Bueno, ese detalle no tienen por qué saberlo ellos —sonrió Steve de buen humor—. A fin de cuentas, si triunfamos en este

juego, usted será famosa, porque su reportaje exclusivo resultará único, y todos los diarios se disputarán los servicios profesionales de Jessie Holmes.

—Y si no triunfamos, todos seremos una misma cosa: ceniza. O ni siquiera eso, sino simples átomos dispersos en la nada.

—Sí, ése es el riesgo del juego. Puede salvarse aún, yéndose lejos de Londres...

—Sería una cobardía. Estaré aquí hasta el final, ocurra lo que ocurra.

—Es usted una chica muy valiente —se admiró Steve, contemplándola.

Ella no respondió nada. Miraba al frente, a través del parabrisas empañado por la diferencia de temperatura con el exterior. La lluvia estaba haciendo descender el termómetro a medida que avanzaba la noche.

Salieron de Londres, dirigiéndose por carretera hacia Leicester. Antes de llegar a esa población, se desviaron hacia la derecha, por una carretera secundaria, y finalmente penetraron en un camino vecinal, entre altas arboledas, que según el indicador, conducía a una granja privada, a la que estaba prohibido el paso.

Unos hombres uniformados, con casco de acero y fusil ametrallador, les detuvieron en un punto de la ruta, asestándoles sus armas. Steve se identificó e hizo lo mismo con Jessie. Pidió hablar con el profesor Lawson urgentemente.

Les condujeron hasta una alta cerca alambrada, donde se anunciaba que el área era restringida a todo acceso, y tras la cual Jessie vislumbró más hombres de uniforme, con armas automáticas.

Los soldados hablaron con un oficial que, a su vez, entró en una cabina para comunicarse con el profesor Lawson. Minutos más tarde, su imagen era transmitida a través de un objetivo de circuito cerrado de televisión al interior del recinto militar, y se le concedía el paso, junto con ella, siendo provistos ambos de unas tarjetas especiales de identificación, prendidas a sus ropas, y también de unos guardapolvos blancos, que les señalaban como visitantes.

Antes de penetrar en un recinto rodeado de jardines, se les hizo pasar a una antecámara donde se les suministraban ropas especiales contra las radiaciones, así como máscaras y guantes. Jessie comentó con buen humor al vestirse:

—Parecemos marcianos. ¿Tanto es el peligro aquí dentro?

—Son simples precauciones rutinarias. No creo que pasemos por zona radiactiva alguna, pero ellos nunca se fían de nada...

Un soldado les condujo a un pabellón donde quedaron en manos de una mujer ataviada de blanco, y de allí pasaron a otra cámara donde se pudieron despojar de sus extraños ropajes y esperar ser recibidos.

Momentos más tarde, un hombre alto, enjuto y grave, de cabellos grises y ojos inteligentes, vestido con bata verde brillante, les recibía, estrechando sus manos con cordialidad.

—Bien venido, amigo Warren —saludó afablemente. Luego su gesto se ensombreció algo, tras sonreír cortésmente a Jessie, y añadió—: Creo saber a lo que viene.

—¿Está informado de todo? —preguntó Steve.

Si hay organización detrás, sí. Aquí mismo perdimos en dos años tres cabezas nucleares. Dos aparecieron. La tercera, jamás. Nunca supimos lo que fue de ella.

—Dios mío... ¿De qué es capaz una cabeza nuclear de ese tipo, adosada a un artefacto explosivo adecuado?

—De arrasar un círculo de casi una milla de diámetro, contaminar mortalmente un segundo círculo de dos millas, y dejar residuos capaces de causar malformaciones, dolencias cancerosas y tumores durante generaciones enteras, aparte de destruir alimentos y cultivos, en un tercer círculo de otras dos millas.

—Cielos. Eso significa que Londres sería un inmenso cementerio cuando esa bomba estallase...

—Así es, amigo mío. No podemos saber si los terroristas han utilizado nuestra cabeza nuclear u otra cualquiera, pero todas son de parecidos efectos.

—¿Cómo puede perderse algo así en un centro del gobierno que se supone tiene todas las garantías de la máxima seguridad?

—Es un misterio que nunca entendí bien yo mismo, Warren —confesó amargamente el doctor Lawson—. Pero que existe. Negligencias, acaso mala fe, una serie de circunstancias encadenadas... Hubo alguien que fue despedido de aquí por eso. —¿Quién?

—La doctora Susan Asquith, una notable colaboradora, gran experta en física nuclear. Se sospechó que ella fue responsable de la

negligencia, y se la expulsó de inmediato. Cuantas averiguaciones se hicieron para saber si estuvo implicada en algo delictivo al respecto, resultaron inútiles. En apariencia, sólo era responsable de un error grave en el control de cabezas nucleares de experimentación, una de las cuales se había extraviado durante las pruebas y traslados a las zonas de experimentos. Pudo haber espionaje o simple torpeza, nunca lo sabremos.

—Supongamos que fuese esa cabeza nuclear la que hubiesen manipulado los terroristas. ¿Qué clase de proyectil necesitaría y qué medios de detonación a distancia?

—Si, como parece, la han aplicado a un proyectil de fabricación casera, bastará que utilicen procedimientos electrónicos al alcance de cualquiera. Si activaron el uranio enriquecido de esa cabeza nuclear, la bomba estará en condiciones de estallar apenas le llegue la orden por control remoto, y el sistema de relojería activa dicho impulso en el momento preciso. De todos modos, no todo el mundo puede manipular algo así de forma eficaz... Tiene que ser un experto.

—Rizaldo lo era. Había trabajado en un centro nuclear norteamericano antes de venir a Inglaterra. Y era experto en explosivos y en sistemas de detonantes de artefactos.

—Entonces, mal asunto. Se ha llegado a dar el peregrino caso de que un joven norteamericano llegó a fabricar una bomba casera, de tipo atómico, sólo leyendo una serie de revistas científicas de su país. Eso provocó un gran escándalo y reveló que ciertas publicaciones se exceden temerariamente en dar datos técnicos de cosas que deberían mantenerse siempre secretas^[2]. De modo que ese experto que usted cita puede haber confeccionado una verdadera bomba atómica en toda regla, capaz de volar Londres virtualmente por completo.

—Y su volumen completo, ¿cuál podría ser?

—No hace falta que sea muy grande. La carga nuclear se activa en cadena y se produce la fisión inmediata de cuanto la rodea. Yo diría que con un aparato del tamaño de una bombona de gas o de oxígeno, sería suficiente para sus planes. —Dios mío, eso se puede ocultar en cualquier sitio...

—Sí, en cualquiera —asintió gravemente el profesor—. En Londres será como buscar la tradicional aguja en el pajar. Pero los

contadores Geyger pueden ayudar mucho. Esa arma por fuerza debe estar despidiendo ahora radiaciones sensibles.

Y emitirá más aún a medida que pase el tiempo, porque dudo que sus fabricantes hayan elaborado las suficientes capas de metal como para protegerla de todo riesgo de radiación. Por expertos que sean, carecen de material adecuado y de instalaciones suficientes para algo así.

—Tendremos eso en cuenta, profesor. Pero no sé si nos servirá de mucha ayuda...

—Poco más puedo decirles, salvo sugerirle que vaya a ver a la doctora Asquith, por si ella puede ayudarle mejor que yo —sonrió significativamente—. Eso, suponiendo que quiera colaborar, claro está. Dependerá del grado de relación que ella y su supuesta negligencia aquí pudieran tener con el artefacto ahora utilizado por los terroristas. —Iré a verla, profesor. ¿Puede darme sus señas?

—Naturalmente —de su bata verde extrajo una agenda y le dio los datos a Warren—. Creo que eso será suficiente, si es que puede localizarla en esa casa esta misma noche. Le deseo suerte, Warren. Estamos preparando también un equipo de emergencia para enviarlo a Londres, a colaborar con los demás expertos en la búsqueda, al mismo tiempo que mantenemos abiertas las comunicaciones con las autoridades de la ciudad para informarles y darles orientaciones técnicas en todo momento. Espero que la cooperación de todos, esta pesadilla se termine de una vez antes de convertirse en un verdadero desastre para nuestro país y para el mundo civilizado, amigo mío.

Se despidieron del científico, regresando a Londres con rapidez a través de la cortina de fría lluvia que se abatía sobre la carretera de Leicester. Ambos jóvenes permanecieron callados durante largo rato, con su mirada fija en la ruta que los faros del coche de Warren hacían brillar como charol ante ellos.

Súbitamente, Jessie preguntó:

—¿Crees que hubo traición por parte de la doctora, Warren?

—No sé qué pensar. Nunca hubiese imaginado que fuera tan sencillo obtener material atómico de un sitio de máxima seguridad. Algo falla en nuestro sistema, Jessie, y no sé lo que es. Dios quiera que esa doctora pueda sernos de alguna ayuda. Como habrás comprobado, localizar una bomba tan pequeña va a ser sumamente

difícil...

Se aproximaban ya de regreso a Londres, cuyas luces resplandecían en la distancia, más allá del telón de lluvia. Contemplándolas, resultaba difícil imaginar que dentro de pocas horas aquel inmenso centro urbano pudiera ser un horror de muerte, destrucción y dolor, con lesiones incurables durante toda la vida para los más afortunados. El fantasma del caos atómico parecía trazar sobre la gran ciudad una sombra siniestra, que sólo ellos podían distinguir.

Inesperadamente, Steve pisó el freno de su coche, justo a tiempo de evitar la colisión con una furgoneta y un coche, que se atravesaban ante ellos, en la calzada, como si hubieran estado a punto de chocar entre sí un poco antes. Un par de hombres, en pie el uno frente al otro, bajo la lluvia, parecían estar reprochándose cosas, con tono airado y ademanes violentos.

Maldiciendo entre dientes, Steve bajó el cristal de la ventanilla y preguntó, asomando por ella a la inclemente noche:

—¿Qué es lo que ocurre, amigos? Tengo mucha prisa, es un viaje urgente...

Oh, no se moleste. Siga, entonces —pidió uno—. Es que tenemos aquí una persona seriamente herida, por culpa de este individuo...

—¡Por culpa tuya, diría yo! —tronó el otro, furioso.

—Eh, basta/basta —cortó Steve, malhumorado—. No discutan y atiendan al herido. Les ayudaré, de todos modos.

No puedo dejar de atender a alguien en esa situación... Espere un momento aquí, Jessie, vuelvo en seguida.

Bajó del coche y se encaminó hacia los otros. Preguntó, mirando en tomo:

—¿Dónde está el herido?

—Ahí, en el coche —informó uno—. En el turismo, señor. Gracias por su ayuda...

Steve fue hacia el coche señalado. Antes de llegar a él, su aguda mirada captó, pese a la cortina de lluvia que empañaba los cristales, que alguien yacía en su interior, boca arriba. Se inclinó, comenzando a abrir la portezuela.

Desde el interior, algo le encañonó. Era una pistola automática con silenciador en manos del supuesto herido. A sus espaldas, los otros dos gritaron algo, precipitándose hacia él con tres pistolas que

extraían de sus ropas.

Steve Warren comprendió que había caído en una emboscada.

CAPÍTULO V

CON LA MUERTE ALREDEDOR

Todo fue muy rápido.

Jessie, desde su coche, se había dado cuenta de la maniobra de los dos que poco antes discutían tan acaloradamente, moviéndose a espaldas de Warren y extrayendo armas de fuego de sus ropas.

Rápida, hizo sonar el claxon, pero Steve ya se volvía, comprobando que le atacaban por ambos lados. Cerró la portezuela de golpe, al tiempo que el falso herido disparaba, y la bala se incrustó en la carrocería del vehículo, sin alcanzarle.

Luego, fue Warren quien, revolviéndose contra sus atacantes, extrajo de su chaqueta una voluminosa y potentísima pistola Walther. Disparó sin vacilar sobre uno de ellos, y le reventó la mano de un balazo, haciendo volar el arma de destrozados dedos. El otro, ante tal impacto demoledor, vaciló. Lo suficiente para que Steve le encañonara rápido, amenazándole:

—¡Arroje el arma o le vuelo la cabeza!

Rápido, el otro tiró la automática, levantando los brazos en señal de rendición.

—¡No, no dispare! —jadeó—. Yo no me juego la vida por tan poco... No tengo nada personal contra usted. Me pagaron por esto y...

Los vidrios restallaron a espaldas de Steve, y el proyectil disparado por el falso herido, esta vez a través de la ventanilla del coche, perforó la cabeza del pistolero, que saltó atrás como impelido por un resorte, con un boquete sangrante en medio de su frente. Steve tuvo el tiempo justo para revolverse y hacer fuego a su

vez contra el ocupante del automóvil, cuyo cuerpo notó que se encogía en el interior del coche, alcanzado por su bala, lo bastante potente para perforar la sólida carrocería del vehículo.

Rápidamente, Warren saltó hacia la portezuela y la abrió, encañonando al otro, que se encogía, sujetando su abdomen, perforado por el proyectil. Intentó disparar contra Steve, pero el agente secreto le descargó un seco puntapié en la mano, desarmándole.

—¡Quieto, amigo! —Silabeó—. El juego se ha terminado. Ahora va a contarme quién les pagó y por qué..., o le volaré la cabeza como usted hizo con su compinche para que no hablase.

El herido sonrió duramente. Era un tipo pálido, delgado, vestido enteramente de cuero negro y con gorra de igual material. Le corría la sangre por el abdomen.

—Tampoco sabrá nada de mí, maldito sea —jadeó—. Los tipos como yo... nunca hablamos. Nunca..., cerdo inglés.

Y algo crujió entre sus dientes. Steve trató rápidamente de evitarlo, metiéndole el cañón del arma entre los labios para separárselos. Pero el individuo encajó las mandíbulas y tragó algo. Luego rió huecamente, y los ojos se le volvieron vidriosos. Una espuma verdosa asomó entre sus labios. Cayó hacia atrás, rígido. Warren lanzó una maldición.

Cuando examinó al individuo, estaba muerto. Su fallecimiento había sido fulminante.

De su boca escapó un vaho con olor a almendras amargas.

—Veneno... —Silabeó Steve—. Es de esa clase de profesionales que se suicidan antes de hablar. Kamikazes del crimen... Sin duda extranjero. ¿Quién le envió contra mí?

Perplejo, se apartó del coche, bajo la lluvia. Jessie corría hacia él, asustada.

Contempló a los hombres muertos y al que gemía, de rodillas en el asfalto, con la mano reventada.

—Steve... —llamó al agente por su nombre, sin darse cuenta—. Steve, ¿se encuentra bien?

—Afortunadamente, sí. Pero creo que tenían planeada mi muerte. Luego hubieran acabado con usted, sin duda alguna.

—Dios mío, ¿una emboscada? ¿Por qué?

—Alguien no tiene interés en que volvamos a Londres vivos y

dispuestos a seguir buscando la bomba —gruñó Warren—. Eso quiere decir que alguien nos vigila muy de cerca, Jessie.

—Sí, eso me temo... —Miró al hombre muerto en el coche—. ¿Qué le pasó? Esa espuma verdosa...

—Veneno. Se suicidó antes de hablar. Era un profesional extranjero, un tipo duro y fanático. Ese otro que está con vida dudo que sepa nada. De ser sí, ese tipo lo habría asesinado como al otro compinche.

Fue hacia el herido de la mano. Éste le miró, aterrado. Steve le apuntó con su temible pistola.

—¿Vas a hablar o te liquido aquí mismo? —farfulló—. ¿Quién te ha contratado para asesinarme? ¡Vamos, habla pronto!

—No..., no sé... —jadeó el otro, lívido—. Mi..., mi amigo y compañero me pagó para un trabajo... Dijo que era por encargo de alguien que nos pagaría aún mejor cuando usted estuviese muerto..., pero no sé más, lo juro. Puede matarme, pero no sé nada...

—Lo sospechaba —suspiró Steve—. Está bien, suba a mi coche; Le llevaré a que le curen esa mano y le metan en una celda. Ha tenido mucha suerte al salvar su vida hoy, se lo aseguro.

Y cargando al herido en el coche, Steve comunicó lo sucedido al Servicio de Inteligencia a través de su equipo de radio, y luego condujo con toda rapidez posible, de regreso a Londres.

Aun así, era ya la una cuando bajaba del automóvil en el centro de la ciudad, para ir a visitar a la doctora Susan Asquith, del Centro de Investigaciones Nucleares, despedida por la desaparición de una cabeza nuclear tiempo atrás.

La casa donde vivía la doctora Asquith era una edificación moderna de Kensington, rodeada por un bien cuidado césped. Steve, tras mirar a uno y otro lado de la calle, desierta bajo la lluvia, cruzó la acera llevando a su lado a Jessie Holmes, que parecía fascinada por el modo eficaz y violento con el que su compañero se había enfrentado poco antes a tres peligrosos asesinos.

El nombre de la doctora aparecía en una placa de metal dorado, en la entrada de la casa. Steve llamó al timbre, repetidamente.

Tardó en brillar una luz dentro. Alguien acudió pesadamente a abrir, pero antes miró por la rejilla en la puerta, precavidamente.

—¿Quién llama a estas horas? —demandó la voz de una mujer.

—Servicio de Inteligencia del gobierno de Gran Bretaña —dijo secamente Steve, mostrando su credencial—. Abra, es urgente. Tengo que ver de inmediato a la doctora Asquith. Es asunto oficial.

—Pero, señor, la doctora tiene que madrugar mucho, se ausenta de la ciudad esta misma mañana, a las cinco menos cuarto, y no puedo molestarla ahora... —se quejó la voz tras la puerta.

—De modo que se va a las cinco menos cuarto, ¿eh? —Silabeó Steve, cambiando una mirada con Jessie—. Justo a tiempo, a lo que veo... Llámela de inmediato o derribaré la puerta sin contemplaciones.

—Sí, sí, señor... —La mujer abrió al fin. Vieron a una dama de mediana edad, envuelta en una bata de lana, despeinada y somnolienta—. Yo soy su ama de llaves y...

—Vaya a llamarla, pero iremos con usted —dijo Steve, tajante—. Es una orden oficial, señora, recuérdelo bien. Asunto de estado de la máxima importancia.

—Claro, señor, claro... —tartamudeó el ama de llaves, atemorizada, iniciando la marcha hacia el fondo de la casa—. Sígame, la señora duerme arriba...

Subieron la escalera hasta la planta alta. La mujer se acercó a una puerta cerrada y golpeó en ella con los nudillos, esperando. Nadie le respondió.

—Señora... —habló la sirvienta—. Señora, perdone que la moleste, es urgente. Un caballero del gobierno está aquí y exige verla de inmediato...

Abrió cautelosamente la puerta, para completar una tímida explicación. Entonces lanzó un terrible grito de terror y retrocedió, aterrada. Steve, velozmente, pegó un salto, desenfundando su arma y saltando dentro del dormitorio.

Éste tenía las luces encendidas, el ventanal abierto, entrando por él aire y lluvia, agitando las cortinas. Sobre el lecho, sin vida, yacía una mujer semidesnuda, con los ojos horriblemente abiertos. La boca contraída y las manos crispadas.

Le habían clavado dos balazos en el pecho, que empapaba de sangre su torso y el camión.

—Dios mío, pobre señora... —gemía desconsoladamente el ama de llaves ahora—. Pobre señora... Ella..., ella está muerta..., ¡muerta!

Steve Warren contempló el cadáver con gesto demudado. Luego, se volvió a Jessie, tratando de impedirle que entrase, pero la periodista ya estaba allí en el umbral, contemplando con horror la macabra escena.

—¿Es ella, la doctora Asquith? —preguntó con voz ronca la joven.

—Sí, eso es evidente —afirmó Steve, ceñudo—. Otra vez se nos ha adelantado alguien, Jessie. Alguien que va tapando bocas por ahí, con veneno o con balas. Sin duda el asesino era conocido de ella, entró por el ventanal y disparó un arma silenciada. La doctora ya no nos dirá nunca para quién robó la cabeza nuclear del Centro de Energía Atómica de Leicester...

* * *

El inspector Bowles y el superintendente Vernon Dolan, de Scotland Yard, miraron pensativos y preocupados a Steve Warren.

—Todas las pistas se quiebran de súbito y no sirven de nada —apuntó Bowles.

—Así es. Rizaldo, Schartz... y ahora la doctora Asquith.

—De modo que ella fue la que suministró el material nuclear a esos terroristas...

—Sí, superintendente. Y la hicieron callar a tiempo. Muy a tiempo.

—Hemos descubierto que el tipo vestido de cuero, el que se suicidó en la carretera, era un asesino profesional al servicio de diversos organismos de espionaje. Su nacionalidad era húngara, pero vivió mucho tiempo en Japón.

—Y adquirió el fatalismo oriental ante la derrota —suspiró Steve—. Por eso si fracasaba alguna vez, sabía que debía matarse... ¿Ni un indicio de quién era su actual cliente?

—Nada de nada. El contrató a los dos pistoleros como intermediario. El jefe auténtico queda fuera del cuadro totalmente.

—Sí, era de prever. Bueno, estamos en un callejón sin salida. Hemos podido averiguar que la cabeza nuclear utilizada fue la que desapareció del Centro de la BNR. pero nada más. La doctora Asquith fue sobornada o sirvió a alguien por alguna idea política que desconocemos. Eso le costó su puesto, pero sabía demasiado y

era preciso deshacerse de ella antes de que yo la interrogase.

—Observo que le vigilan muy de cerca, Warren, cuando conocen tan bien sus movimientos —hizo notar el superintendente Dolan, clavando sus ojos recelosos en Jessie Holmes.

—Sí, es lo que pienso yo —asintió Steve taciturno. Luego añadió, algo cáustico—: Y le seguro que no soy yo quien se tendió una emboscada a mí mismo.

—Vamos, vamos, no diga esas cosas —torció Bowles, jovial—. Nadie sospecha de usted, precisamente.

—Creo que sé lo que quiere decir, inspector, con tal sutil insinuación. De quien sospechan es de mi amiga, la periodista.

—Eso ya es otra cosa —admitió Dolan de mala gana—. ¿Por qué lleva consigo a esa joven a todas partes?

—En primer lugar, porque es una chica en la que confío. Y en segundo lugar..., porque me gusta.

—No debe mezclar el amor con el deber —le recordó severo el superintendente.

—Ustedes no son mis jefes, de modo que dejen las cosas a mi manera, señores. Siempre hice lo mismo, y jamás fallé en un solo caso encomendado a mí. Si no me necesitan para nada más, buenas noches. Me siento muy cansado. Y queda muy poco tiempo para malgastarlo en charlas inútiles. Les veré más tarde... si vivimos para entonces.

Y tras esa siniestra coletilla, Steve salió del despacho policial con brusquedad. Aún caminaba por el largo corredor del Yard, cuando Bowles le alcanzó conciliador.

—No se ponga así, Warren —rogó—. El superintendente está nervioso.

—Todos lo estamos, inspector.

—Lo sé, lo sé —caminaron un trecho juntos. Luego, de repente, el policía añadió—: Hay un hombre en prisión desde hace unas semanas, quería decírselo. Acabo de averiguar ahora algunos datos sobre él. Se trata de un irlandés violento, un activista camarada de Larry Connolly. Estuvieron juntos en varios actos terroristas del Ulster recientemente. Su nombre es Duncan Irish. Y su oficio es... el de relojero.

Steve Warren se paró en seco.

—¿Qué ha dicho? —preguntó.

—Relojero. Eso le permitió colocar diversos artefactos de relojería en Irlanda del Norte. Últimamente, también tenía un negocio de relojería en Londres, pero al parecer lo liquidó para asociarse con alguien de modo menos ostensible.

—Eso puede ser muy interesante, inspector.

—Sí, es lo que pensé. Pero no albergue esperanzas. No hablará. Es un tipo duro. Fue sometido a montones de interrogatorios en vano. No soltó prenda jamás. Y eso que algunos muchachos colegas míos se propasaron con él, lo admito. Ya le dije que es un tipo realmente duro.

—Ni siquiera hay tiempo para intentarlo, inspector —señaló gravemente Steve, mirando su reloj.

—Bueno, de todos modos cumplí con mi deber al explicárselo. Pensé que podía ser un dato útil para usted.

—Y lo es, inspector, lo es —afirmó lentamente Steve—. Todo dependerá de que pueda conseguir algo...

Y sin aclarar nada al sorprendido policía, abandonó Scotland Yard, dirigiéndose presuroso al Intelligence Service.

* * *

—¿Está seguro de lo que planea, Warren?

—Totalmente, señor —afirmó Steve con energía, mirando a *sir* Austin Lawrence con fijeza y determinación—. Lo he sopesado todo. No nos queda otra solución, nos guste o no. Estamos trabajando contra reloj. Nos queda muy poco tiempo por delante. Esto es actuar a la desesperada.

—Bien, Warren, pero usted sabe que tal cosa no depende de mí en absoluto...

—Lo sé, señor. Por eso le expuse la cuestión. Creo que usted es la persona adecuada para hablar directamente con el ministro del Interior y pedirle ese favor.

—Puede que me envíe al diablo.

—Puede. Si es así, recuérdale que iremos sin remedio al diablo a las seis en punto, especialmente si el gobierno no coopera.

Sir Austin se mantuvo unos instantes pensativo, con los dedos cruzados. Miraba fijamente a su subordinado, como dándole vueltas al grave asunto que éste le había planteado momentos antes.

—Está bien —gruñó al fin, moviendo la cabeza—. Tal vez usted en persona se ocuparía de intentarlo por otros medios, si le digo que no...

—Gracias, señor —sonrió Steve—. Veo que me conoce bien.

Sin responder a eso, *sir* Austin descolgó el teléfono y marcó directamente el número privado especial que correspondía al Ministerio del Interior en casos de máxima emergencia.

Un momento después, el jefe del departamento de Seguridad Nacional del Servicio de Inteligencia, hablaba con el ministro, pidiéndole el extraño favor que Steve Warren había solicitado.

Tras algunas objeciones y protestas, la respuesta logró al fin ser afirmativa.

Sólo media hora más tarde, un irlandés extremista, llamado Duncan Irish, escapaba inesperadamente de la prisión de seguridad donde se hallaba recluso.

CAPÍTULO VI

RELOJES

Miró atrás, receloso.

Nadie le seguía ni remotamente. Era un experto en esas cosas. De haber visto a alguien en los alrededores, hubiera renunciado a su providencial fuga.

Duncan Irish, pese a su extrema juventud, era un veterano demasiado curtido en las duras lides de la Irlanda natal para dejarse engañar por trucos ingleses. Inicialmente, había pensado en una trampa, una jugarreta de la policía y de los militares ingleses. Pero ahora todo parecía ser realmente cierto. No le seguía nadie, no había vigilancia en torno suyo.

Estaba libre. Libre, fuera de la prisión londinense donde llevaba ya confinado varias semanas. Aquella noche, el azar parecía haber jugado a su favor. Una puerta mal cerrada, un vigilante que cometía un descuido, otro que era fácilmente dejado fuera de combate en silencio... y la evasión.

Aun así, no había sido tarea sencilla salir de aquellos muros sin provocar la alarma. Pero un hombre como él sólo necesitaba de una oportunidad. El resto era cosa suya.

Avanzó rápido por las calles desiertas, en busca de algún vehículo del cual apropiarse. Cerca de la prisión había una zona de *parking*. De inmediato se fijó en un vehículo cuyas llaves colgaban del encendido, y que tenía iluminado el tablier.

Sonrió, dirigiendo una mirada al cercano club nocturno, y comprendió que el dueño de aquel coche debía ir bien acompañado y eso le había hecho olvidar las llaves en el interior. Dentro había

un fuerte olor a perfume femenino que brotaba al exterior, y un monedero de mujer, plateado, reposaba en el asiento.

Duncan no esperó más. Penetró en el vehículo, lo puso en marcha y se alejó rápido de allí.

Desde su coche, aparcado a algunas manzanas de distancia, sonrió Steve Warren al ver una luz verde parpadear en un tablero luminoso que había surgido de su guantera poco antes. Habló por la emisora de radio:

—El pez mordió el anzuelo. Ha tomado el coche preparado. Comienzo a seguirle.

Cerró la conexión y sin perder de vista el tablero luminoso y el puntito verde que se movía sobre él, puso su coche en marcha. A su lado, Jessie suspiró.

—Admirable —ponderó—. ¿Qué truco, está usando, Warren?

—Uno muy sencillo. Si sigue caminando, podíamos seguirle porque previamente pisó una materia fosforescente a los rayos infrarrojos, pero al tomar el coche preparado para él, éste lleva un detector electrónico incorporado que nos permite seguirle por todo Londres sin necesidad de aproximarse a él de modo indirecto y que le permite descubrir que es seguido.

—Muy ingenioso. ¿Es idea suya?

—Sí. Pero otros colegas la utilizan también. Ese irlandés es zorro viejo, hay que tomar con él toda clase de precauciones, o el truco no servirá para nada. Y es nuestra última oportunidad de llegar a alguna parte.

—¿Cree que ese hombre está mezclado en el asunto? Llevaba varias semanas preso, ¿no es cierto?

—Sí. Pero es posible que tenga relación con los demás. El hecho de ser relojero de profesión ya resulta significativo. O mucho me equivoco, o conocía personalmente a Peter Schartz, el relojero suizo. No creo en ciertas casualidades ni coincidencias por puro azar.

—Yo tampoco. ¿Se ha dado cuenta de lo poco que falta ya para el gran desastre? —Sí— suspiró Steve. —Son casi las cinco. Sólo tenemos una hora por delante...

El punto luminoso no cesaba de desplazarse por todo Londres, a uno y otro lado, en todas direcciones. Steve soltó una imprecación, aflojándose el cuello de la camisa.

—Está perdiendo tiempo —dijo—. Y comprobando si le siguen. Es muy desconfiado.

—Si sabe que hay una bomba atómica en alguna parte de Londres, ¿por qué no trata de huir ya? —se quejó Jessie, en tensión.

—Sabe que con media hora le bastará en estos momentos en que no hay tráfico. Y aún dispone de tiempo suficiente para eso...

—¡Mire! —exclamó de pronto Jessie, señalando el tablero electrónico—. La luz verde ha dado un giro brusco y se dirige en línea recta hacia alguna parte...

Steve comprobó lo que ella decía. Asintió, excitado, acelerando la marcha del coche tras rectificar asimismo su ruta.

—Ha tomado la dirección sur-sudoeste —dijo—. Sigue el curso del río a distancia constante.

—Yo diría que se dirige a Chelsea —apuntó ella.

—Es muy probable, sí. Sigamos a igual distancia. Nos bastarán luego tres minutos para llegar a donde él se dirija. Es mejor eso que perderlo definitivamente. Tal vez se decida a hacer algo para evacuar Londres de inmediato, una vez comprobado que nadie le sigue...

La marcha se mantuvo así durante bastante tiempo, la luz verde dejó atrás Belgravia y Pimlico, para descender por King's

Road hacia Chelsea. De pronto, se detuvo. Steve miró a Jessie Holmes. Sonrió.

—Justo. Está en Chelsea, Intersección de Oakley Street y Cheyne Row. ¡Vamos hacia allá, pronto! Apenas si nos queda poco más de media hora...

A toda velocidad, Steve condujo hasta aquel punto de Chelsea. No lejos del río, donde parpadeaba, inmóvil, la verde luz detectora.

Cuando llegaron, Steve detuvo el vehículo a dos manzanas y saltó fuera del coche con Jessie, comprobando previamente que llevaba a punto su potente pistola automática. —Mira, Warren— señaló ella—. Una relojería...

Warren afirmó. En el chaflán que ella señalaba, frente al coche aparcado, se veían los escaparates de un establecimiento de

relojería. Estaba a oscuras la tienda, pero al aproximarse, vieron brillar un rayo de luz en su interior. Steve se puso en guardia, extrayendo su arma.

—Tal vez la bomba esté ahí —señaló roncamente—. Algo ha venido a hacer aquí Irish, de ése no hay duda...

Ambos llegaron a la puerta del establecimiento. Steve oteó el interior por una rendija de la cortina bajada. La luz venía de la trastienda. Creyó oír un rumor de voces y luego un golpe seco. Algo golpeó el suelo.

Se volvió. Miró a Jessie. Esperaron unos segundos. Ya no se oía nada dentro de la tienda de relojes. Steve tomó una decisión.

Cargó contra la puerta violentamente. Al segundo intento, cedió la misma, saltando el reventado pestillo interior con violencia.

Se agazapó, esperando un recibimiento a tiros. No sucedió nada. La tienda permaneció silenciosa. Desde todos los lugares, le llegó el sonido implacable de los tictac que brotaban de cien o doscientas maquinarias a la vez, señalando inexorablemente el tiempo. Aquel tiempo ya tan escaso para todos...

—Permanezca fuera, Jessie —pidió Steve—. Puede haber peligro aquí dentro...

Cruzó la tienda, hacia la luz del fondo, sin que sucediese nada. Llegó ante esa puerta. Con su automática presta a vomitar balas contra quien fuese, pegó otro patadón y franqueó la entrada.

Relojes de todas clases le miraron por doquier, con sus doce ojos de cifras, con sus agujas y su sonido monocorde. La trastienda iluminada era un auténtico almacén de relojes de especial factura.

Había reproducciones de monumentos famosos, como la Torre Eiffel, la Torre de Pisa, el Parlamento o el Kremlin, con un reloj incorporado, para adorno de alguna sala suntuosa. Relojes electrónicos, de cuco, de pared, de pie...

Sus ojos se fijaron en el título de propiedad de la tienda, enmarcado en un muro. Leyó el nombre de los dos propietarios de aquella relojería.

**PETER
SCHARTZ - DUNCAN
IRISH**

Ambos habían sido socios. El suizo y el irlandés. Eso confirmaba

su teoría. Pero nada más.

Porque ahora podía ver al irlandés evadido aquella noche de prisión con la ayuda del Ministerio del Interior.

Estaba en medio de la sala, boca abajo. Muerto de un brutal impacto en el cráneo, producido por un pesado reloj de mármol, que yacía ensangrentado junto al caído. Tenía el cráneo reventado.

Steve juró entre dientes, corriendo al fondo de la trastienda. Como ya temía, halló una puerta entreabierta, que daba a un callejón. Asomó al mismo. Era demasiado tarde.

El asesino de Duncan Irish había escapado. Una vez más, fue más rápido que él y llegó antes.

—Jessie, puede entrar —invitó amargamente.

Ella se acercó, paso a paso, mirándole con desolación cuando descubrió el cadáver del joven irlandés en el suelo.

—Dios mío —dijo—. ¿Qué va a ocurrir ahora, Steve?

—No lo sé —confesó él amarga, roncamente—. Creo que lo peor de todo...

Y señaló las esferas de cien relojes caprichosos que les rodeaban. Ella entendió perfectamente.

—Media hora casi —susurró—. Sólo unos minutos para la última media hora de esta ciudad, Steve...

—Así es —afirmó él—. Y no podemos hacer nada por evitarlo. Nada...

EPÍLOGO

EN PRIMERA PERSONA

Y así hemos llegado al final.

Las agujas se aproximan ya a las seis, implacable, inexorablemente. Sin que nadie pueda detenerlas ya.

A esta misma hora, en algún lugar de Londres, tal vez aquí mismo, un artefacto diabólico, una bomba nuclear, está a punto de convertir esta gran ciudad en un inmenso cementerio.

Dios mío, no puedo hacer nada. Nada en absoluto...

Duncan Irish fue golpeado varias veces con el reloj de mármol, hasta aplastarle el cráneo, parece evidente. Jessie y yo lo estamos comprobando ahora. Recibió el primer golpe cuando hablaba con alguien, no lejos de la puerta trasera. Luego, se desplazó hasta aquí, cayó en ese lugar, masacrado... Junto a la mesa de los relojes monumentales. A su lado veo las reproducciones exactas de esos monumentos nacionales de diversos países, con un reloj incorporado.

La Torre Eiffel, el Kremlin, Pisa, La Puerta de Brandemburgo, el Big Ben, a escala perfecta... A sus pies, yace el cuerpo del irlandés asesinado. Su brazo se extiende, se aferra a una pata de la mesa, como si hubiera querido agarrarse a ella al caer...

Elevo los ojos lentamente desde esa pata que agarra con rabia suprema el infortunado terrorista irlandés. Y me encuentro con el pequeño Big Ben, señalándome las seis menos veinticinco minutos ya... ¡EL BIG BEN!

De repente, algo ha herido mi mente. Es como una llamarada, un fogonazo cegador que me invade. ¡El Big Ben, el Parlamento...!

Recuerdo haber visto unos andamios ante el reloj, recientemente. Limpieza, supongo. Limpieza... ¿o algo más?

—Dios mío... —digo, volviéndole a Jessie con la boca reseca—. ¿Ves eso, amiga mía? ¿Ve el cuerpo de Irish?

—Sí... ¿Qué ocurre con él?

—Si al morir hubiera intentado *señalar* algo con su mano..., ¿qué cree que hubiera sido de cuanto hay en esa mesa?

—¿Señalar? La pata..., la pata cae justamente... ¡bajo el Big Ben!

—¡Exacto! —De repente la tomé de una mano y corrí con ella hacia la salida—. ¡Vamos, Jessie, por el amor de Dios! ¡Apenas queda tiempo! ¡Es en el reloj del Parlamento! ¡Allí está la bomba, seguro! ¡Duncan Irish lo sabía y, al verse morir a manos de alguien en quien confiaba ciegamente, señaló el lugar preciso!

Poco después, volábamos por Londres en la madrugada, y yo avisaba por radio al Servicio de Inteligencia, a la policía, al ejército. Todos debían ir al Big Ben. Allí, sin duda, estaba la bomba devastadora que buscábamos.

Cuando llegamos al pie del Parlamentó, un cerco policial rodeaba la zona. Mostré mi credencial para pasar. Expertos del ejército me esperaban al pie de la torre.

—¿Vamos a subir con usted? —preguntó uno.

—No —negué—. Nos estorbaríamos unos a otros. Subiré yo solo.

—Pero, señor... Faltan solamente diez minutos para estallar...

Lo sé. Si yo no puedo hacerlo solo, nadie lo hará. Dé orden de evacuar todo esto, por si sucede lo peor.

—Está bien, señor.

Me dispuse a entrar en el edificio. Jessie se aferró a mí.

—Voy contigo —dijo.

—No —rechacé—. Eso no, Jessie. Hemos luchado juntos hasta el fin, pero esto sería demasiado.

—Igual volaré echa átomos si me alejo —sonrió ella, pálida pero animosa—. Me quedo contigo, Steve. Soy tu mascota, recuerda. Tal vez te dé la suerte también esta vez.

—Dios te bendiga, querida —suspíré—. Vamos allá... y que Dios nos ayude.

Subimos por las escaleras del Big Ben, hasta la maquinaria del reloj. Me quedé helado.

Allí estaba. Largo, cilíndrico, como una bombona de gas u oxígeno. Acerado y frío. Había sido conectado al propio Big Ben. Cuando éste marcara las campanadas, sería el final.

Examiné la inextricable red de cables amarillos, rojos, verdes y azules que conectaban el ingenio nuclear al reloj tradicional de Londres. Era una idea diabólica.

—Tardaré bastante en desconectarlo —dije.

—Sólo tienes nueve minutos —susurró Jessie.

—Espero que me sobre uno o dos —reí nerviosamente, dirigiéndome a iniciar la delicada, trascendental operación.

—No va a sobrarle ni un minuto, Warren. No llegará a tiempo.

Me volví, sorprendido. Miré al hombre que surgía de entre la maquinaria del viejo y venerable reloj, pistola en mano. Nos encañonaba a los dos.

—Estaba seguro —suspiré—. Tenía que ser usted el asesino, el hombre en la sombra..., *sir* Austin.

Sir Austin Lawrence, mi jefe de departamento, «el viejo», como le decíamos cariñosamente, se limitó a sonreír sin dejar de encañonarme.

—Apártate de ese artefacto —me ordenó fríamente—. Ha llegado la hora de morir todos, Warren. De aquí, ninguno saldremos con vida.

Le miré largamente. El tiempo volaba. Y yo no podía hacer nada. Sabía que mi jefe dispararía de inmediato.

—¿Por qué todo esto, *sir* Austin? —pregunté.

—Por odio —dijo.

—¿Odio? ¿A quién? —indagué.

—A todo. A Inglaterra especialmente. Ellos me quitaron a mi hijo...

—Larry Connolly, ¿no?

—Sí. ¿Cómo lo supo?

—El nombre... Larry. Si no era un nombre, podía ser la abreviatura de un apellido: Lawrence. El suyo, *sir* Austin.

—Así es. Se llamaba Sean Lawrence. Lo de Connolly fue un apodo de guerra. Nunca supo nadie que era mi hijo. No debieron dejarle morir así. Juré vengarle.

—Era un terrorista, *sir* Austin, un traidor, un enemigo de Inglaterra.

—No, no era traidor a la causa de su tierra irlandesa, sino a la causa de un gobierno. Yo decidí vengarle. Monté todo esto, haciendo creer en un movimiento terrorista político. Me hice con la ayuda de gentes violentas e idealistas. Luego me deshice de todos ellos. Ya no me servían. Yo quería morir aquí, junto a mi bomba. La vida ya no me importa. Pero me habré vengado de todos sobradamente.

Está usted loco, *sir* Austin. Una vida, una carrera brillante, perdidas por una obcecación absurda. Su hijo tuvo la culpa de todo, compréndalo. No los habitantes de esta hermosa ciudad, no la gente del mundo.

—Eso es lo que usted dice —suspiró «el viejo»—. Yo estoy seguro de mi causa. Y muero por ella. No se mueva, Warren. O le mataré.

—Ya estamos muertos, *sir* Austin —dijo Jessie en ese punto—. De modo que no se pierde nada.

Quise evitarlo y no pude. Jessie fue una heroína completa. Se arrojó sobre *sir* Austin de golpe. El disparó. Vi que ella se estremecía al recibir la bala. Cayó sobre la maquinaria del reloj, sangrando, los ojos dilatados. Yo me arrojé sobre mi anciano jefe. Le arrebaté el arma violentamente. El gritó algo, me golpeó, apartándose de sí... y se arrojó al vacío, torre abajo, rebotando entre las maquinarias y los tramos de escaleras. Su cuerpo chocó ásperamente abajo.

Demudado, fui a Jessie. Estaba pálida y sangraba por el costado. Me detuvo con vivo gesto.

—No, ahora no —suplicó—. El reloj... desconéctalo. Si es tiempo, puedes salvar a mucha gente, Steve. Olvídate de mí ahora...

Tuve que hacerlo, mordiéndome el labio con ira y dolor. Hundí un pañuelo en la herida de Jessie, para retener la hemorragia lo más posible. Me subí sobre la bomba atómica. Quedaban sólo seis minutos y medio.

Estudí las conexiones durante un par de minutos casi. Si desconectaba uno solo de los cables erróneamente, el artefacto estallaría de inmediato. Y nunca más me enteraría del resto.

Después, comencé por un cable rojo. Otro azul. Otro verde. Otro amarillo. No toqué el blanco. Y vuelta a empezar. Otro rojo, otro azul, otro verde. Esta vez, uno blanco, sin tocar el amarillo. Era un

circuito completo. Uno de cada color, significaban la detonación.

Cuando desconecté el último cable blanco, dejando el rojo de su círculo, cayendo el sudor copiosamente de mi rostro, supe que era el final. Respiré hondamente.

La bomba se había desconectado. Los dígitos rojos que pasaban vertiginosamente por su mecanismo de conexión al Big Ben marcaban en ese punto sólo quince segundos para las seis...

Cuando el viejo reloj comenzó a dar las campanadas solemnes, descendí con Jessie en mis brazos para reunirme con los artificieros y sanitarios. Un par de enfermeros pusieron a la muchacha en una camilla, llevándola a todo correr a una ambulancia. —Iré en seguida contigo, Jessie— prometí al verla partir. Ella sonrió. Y se alejó con la ambulancia.

—¿Podrá perdonar alguna vez que sospechará de su amiga, la señorita Holmes?

—Sí, superintendente —sonreí, volviéndome hacia él desde el borde de la cama del hospital—. Yo, sí. Espero que ella también.

La reportera sonrió desde la cama, asintiendo débilmente.

—Está perdonado —dijo—. Después de todo, si *sir* Austin era el culpable, ¿por qué ofenderme de que se sospechara de una oscura y entrometida reportera?

—Gracias, señorita Holmes —suspiró el policía—. Me quita un peso de encima. Sé que, gracias a su heroísmo, ahora Londres está a salvo de la demencial intentona de un viejo loco. Era lógico que siempre se anticiparan a Warren, eliminando a los testigos. El era el primero en conocer los movimientos de sus agentes, y obraba en consecuencia.

Cielos, ¿quién iba a pensar en una persona así como culpable de todos los hechos?

Sir Austin, además de funcionario del gobierno, era un ser humano, sometido a las mismas presiones, veleidades y errores de todos nosotros —sentenció Bowles—. La muerte de su hijo debió trastornarle totalmente.

—Así debió ser —convine tristemente—. Yo no podía intentar desarmarle, allá en la torre, porque él me hubiera herido, impidiendo que desactivara la bomba. Jessie fue una muchacha sumamente valerosa, muy heroica. Gracias a ella, estamos todos con vida ahora.

—Por fortuna, la herida fue aparatosa, pero no grave —sonrió ella—. Perdí mucha sangre y creí morir. Pero me sentía muy feliz por salvar a tanta gente... y a ti, sobre todo, Steve.

Sonreí. Me gustaba que ella me hablase con esa familiaridad y afecto. Me incliné y besé sus labios, ahora pálidos y algo fríos.

—Jessie, eres adorable —dije—. No sólo vas a publicar el mejor reportaje de tu vida, sino que te voy a pedir que sea el último.

—¿Por qué el último? —Pestañeó ella, sorprendida.

—Porque no me gustaría que la señora Warren fuese periodista. Es una profesión muy arriesgada.

—¡Señora Warren! ¿Qué estás diciendo, Steve?

—Bueno, si has sido mi mascota en todo esto, ¿por qué no seguirlo siendo después de todos esos peligros vividos juntos? Necesito una mascota para todos los días de mi vida.

—Steve, no me estarás proponiendo...

—¿El matrimonio? Claro, querida. Una reportera tan sagaz como tú no puede dejar de entender mis palabras...

—Y un agente secreto tan inteligente como tú, no puede ignorar de antemano cuál va a ser la respuesta de Jessie Holmes —rió ella de buen humor.

Y por si era tan lerdo que no entendía esas palabras, Jessie se incorporó en el lecho y me devolvió largamente el beso.

Bowles y el superintendente cambiaron una mirada.

—Creo que empezamos a estorbar aquí, inspector —dijo Dolan—. Nos veremos más tarde, amigo Warren. Y si me lo permiten, dejen que sea yo el padrino de su boda...

—Concedido, superintendente —respondió Jessie, antes de volver a rodearme con sus brazos y besarme con toda la fuerza de que era capaz, pese a su actual debilidad y agotamiento.

(Según los apuntes de Steve Warren, del Servicio de Inteligencia de Su Majestad).

FIN



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada *La muerte elige*, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: No dispare contra mí (José María Nunes, 1961); Nuestro agente en Casablanca (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy Cat* (Julio Pérez Tabernero, 1973) y *El pez de los ojos de oro* (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del

ISBN

aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas *La conjura* (2009) y *La clave de los evangelios*. En Morsa ha publicado *La noche de América agonizante* y su autobiografía, *Yo, Curtis Garland*.

Notas

[1] Fleet Street es la calle de Londres donde se hallan instaladas las redacciones de los principales rotativos de la ciudad. (N. del A.).

< <

[2] Verídico. < <